



Dificultades para la asunción de la sexualidad en la adolescencia

Nathalia Cardona Montoya

Monografía presentada para optar al título de Especialista en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia

Asesor

Mauricio Fernández Arcila, Doctor (PhD) en Psicoanálisis y Psicopatología Fundamental

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia
Medellín, Antioquia, Colombia
2021

Cita	(Cardona, 2021)
Referencia	Cardona Montoya,N. (2021). <i>Dificultades para la asunción de la sexualidad en la adolescencia</i> [Trabajo de grado especialización]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia, Cohorte IV.

Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH)



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: Jhon Jairo Arboleda Cespedes.

Decano/Director: Jhon Mario Muñoz Lopera

Jefe departamento: Angela Maria Jaramillo Burgos

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Resumen.....	5
Abstract.....	6
Introducción.....	7
1. Sexualidad y adolescencia en Freud.....	10
1.1 Desarrollo psicosexual infantil	10
1.2 Metamorfosis sexual adolescente.....	13
1.3 Adolescencia y elección de objeto	15
1.4 La identidad sexual en Freud.....	17
1.5 La bisexualidad en Freud.....	24
1.6 Síntesis y discusión	27
2. Identificaciones, Edipo, asunción de la sexualidad	29
2.1 Las identificaciones y la identidad.....	29
2.2 Las identificaciones y el complejo de Edipo.....	31
2.3 Yo-ideal e Ideal del Yo.....	34
2.4 Identificación y elección de objeto	37
2.5 La bisexualidad en algunos post-freudianos	40
2.6 Individuación y Edipo negativo	44
2.7 Teorías contemporáneas sobre el género	46
2.8 Síntesis y discusión	54
3. Tareas adolescentes en torno a la sexualidad.....	57
3.1 Asunción de la genitalidad, remoción de lo infantil.....	57
3.1.1 Nuevas defensas frente al incremento pulsional.....	57
3.1.2 La masturbación.....	57
3.1.3 La fantasía de masturbación central.....	61

3.1.4 La integración de la imagen del cuerpo	64
3.1.5 Formas patológicas de la remoción	64
3.2 Consolidación de la identidad sexual	68
3.2.1 Restructuración psíquica	68
3.2.2 Romper lazos infantiles	69
3.3 Síntesis y discusión	73
Conclusiones.....	75
Referencias	78

Resumen

Se construye un marco de referencia –sobre la base de la revisión de la concepción freudiana acerca del desarrollo de la psicosexualidad y acerca de los factores que determinan la diferenciación sexual y la elección de objeto, así como sobre la base del examen de las identificaciones y de la bisexualidad en el contexto del complejo de Edipo, al igual que del estudio de algunas teorías posfreudianas más recientes sobre el género– para tratar de comprender las posibilidades y dificultades que representan los cambios y las tareas que enfrentan los adolescentes con miras a asumir la genitalidad, integrarla a la sexualidad infantil pulsional y definir su identidad y orientación sexuales.

Palabras claves: *adolescencia, sexualidad infantil, genitalidad, identificación, bisexualidad, género, identidad sexual, orientación sexual.*

Abstract

A frame of reference is built - on the basis of the revision of the Freudian conception about the development of psychosexuality, of the factors that determine sexual differentiation and object-choice, as well as on the basis of the examination of identifications and bisexuality in the context of the Oedipus complex, and also the study of some more recent post-Freudian theories about gender - to try to understand the possibilities and difficulties that represent the changes and the tasks that adolescents face in order to assume genitality, integrate it to infantile sexual drives and define their sexual identity and orientation.

Keywords: *adolescence, infantile sexuality, genitality, identification, bisexuality, gender, sexual identity, sexual orientation.*

Introducción

La experiencia profesional de la autora de la presente monografía ha girado, durante los últimos años, en torno a la consulta con adolescentes. Entre las dificultades que en ella se presentan se destacan los conflictos respecto a la identidad sexual y la elección de objeto de amor. Estas situaciones generan cambios y alteraciones en el estado de ánimo de los jóvenes, caracterizados por una disminución del sentimiento de sí mismo, presencia generalizada de tristeza, altos niveles de ansiedad que afectan su atención y disposición para las tareas cotidianas, y en ocasiones también, ideación suicida y acciones autolesivas.

Tales conflictos afectan el desarrollo individual y social de los jóvenes, elevan su sentimiento de culpa por las elecciones que hacen, desencadenando en muchas ocasiones el consumo sin control de sustancias psicoactivas. Lo que puede llevar a situaciones arriesgadas en las que su integridad se ve comprometida, tales como tener relaciones sexuales sin protección.

La autora ha constatado que las dificultades que enfrentan los adolescentes respecto a su sexualidad conciernen principalmente a la definición de la orientación (heterosexual, bisexual u homosexual), a la elección de objeto de amor o a la adopción de aspectos relacionados con los estereotipos de feminidad o masculinidad instaurados popular y convencionalmente; estereotipos que los presionan en sus actuaciones y en la aceptación de los otros, e inciden en las relaciones dentro de sus entornos familiares y sociales.

En un país como Colombia, y especialmente en una ciudad como Medellín, el conservadurismo de las creencias religiosas y de las pautas culturales y morales respecto de la sexualidad, lleva a que se estigmaticen comportamientos que no se ubican dentro de las visiones hegemónicas de la feminidad y masculinidad. Dicha situación afecta especialmente a las nuevas generaciones, e influye en la forma como asumen su identidad y como aceptan o rechazan sus propios comportamientos; generándose en ocasiones exclusión y señalamiento, sobre todo cuando el grupo familiar o el círculo social no aprueban las elecciones sexuales del adolescente.

El movimiento LGBTI (Lesbianas-Gays-Bisexuales-Transexuales-Intersexuales) que se consolidó a partir del 28 de Junio de 1969, en Greenwich Village (New York) por el acoso policial que venía sufriendo la comunidad LGBT, ha luchado por el reconocimiento de las diversas formas de orientación e identidad sexual, reivindicando sus derechos y confrontando los términos genéricos de homosexual o gay, utilizados para señalar los comportamientos que no obedecían a los cánones de género y comportamiento sexual establecidos.

En parte debido a ello la Organización Mundial de la salud en 1973 decidió desestimar la homosexualidad como una enfermedad mental del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales -DSM-, ubicándola en la categoría de perturbación en la orientación sexual, asociada a la angustia que experimenta el individuo, ya sea homosexual o heterosexual por esta elección. Esto indica que se empiezan a reunir elementos para determinar que no se trata de una condición patológica.

Las anteriores transformaciones se refieren a la identidad sexual y la elección de objeto, como lo es la homosexualidad, pero otro ha sido el destino de la transexualidad, que se mantiene como un trastorno. Hacia 1980 el DSM-III identificaba la transexualidad como un trastorno mental y del comportamiento, pero ya en 2013 la denomina como “disforia de género”; en este caso no se despatologiza completamente, pues aunque cambian los términos para definirla su contenido sigue siendo igual.

De igual forma, se ha avanzado desde la sociología, psicología y psiquiatría, estudiando muchos de estos comportamientos relacionados con la orientación e identidad sexual, registrando que aproximadamente el 10% de la población mundial hace parte de estos colectivos. Si bien el debate por el reconocimiento de las distintas orientaciones sexuales ha avanzado en lo político, social y en lo académico, aún hoy en más de 70 países sigue siendo ilegal ser homosexual o pertenecer a la comunidad LGBTI, siendo castigados con la cárcel o hasta con la pena de muerte.

Aunque al inicio del presente trabajo se puso mayor atención a la identidad sexual, pero durante su realización se observó que ella se relaciona de manera constante con otros aspectos de la sexualidad, en particular con la elección de objeto de amor. De allí que se haya ampliado la mirada a un conjunto de dificultades correlacionadas con la asunción de la sexualidad por parte del adolescente.

Con los datos obtenidos a partir de la triangulación entre la experiencia profesional de la autora, la lectura contextual y conceptual de los fenómenos, se ha visto importante conocer a profundidad los procesos intrapsíquicos que se dan en el adolescente con relación a su identidad sexual y sus elecciones de objeto, conocer las explicaciones que se han construido dentro del psicoanálisis sobre estos fenómenos, particularmente la forma como la masculinidad y feminidad son experimentadas en la adolescencia.

Se espera que, con el avance en el conocimiento de estas teorías, se logre una comprensión más objetiva de los mecanismos que interfieren en la estructuración de la identidad

y la orientación sexuales, en lugar de observar estos fenómenos a través de las ideologías corrientes.

La estrategia metodológica partió de una revisión bibliográfica de los temas específicos en la obra de Freud y luego en los aportes de algunos de los postsfreudianos que han desarrollado investigaciones acerca de la identidad y la orientación sexuales. El trabajo pues se enfocó en términos como masculinidad, feminidad, identificaciones, género e identidad, fundamentales para comprender cómo se define la sexualidad en la adolescencia.

La presentación del análisis del objeto de estudio elegido se organiza en tres acápites. En el primer capítulo se busca, a partir de la teoría Freudiana, describir cómo es el desarrollo de la sexualidad infantil y qué ocurre con esta al momento de la emergencia de la genitalidad en la pubertad, ya que estas sexualidades se correlacionan con la estructuración de la identidad sexual. El capítulo dos se centra en algunas concepciones post-freudianas acerca del papel que tienen las identificaciones, el complejo de Edipo y la bisexualidad en la conformación de la sexualidad del adulto. En el capítulo tres se abordan las principales concepciones teóricas acerca de las tareas psíquicas que debe ejecutar el adolescente para alcanzar una sexualidad adulta y asumir la genitalidad, y de ese modo reestructurar su psiquismo y establecer su identidad sexual.

1. Sexualidad y adolescencia en Freud

La sexualidad ha sido un tema estudiado desde diferentes áreas del conocimiento, tales como la medicina, la sociología y la psicología; las cuales han buscado explicar cómo los procesos orgánicos, socioculturales y psíquicos intervienen en la misma. Una de las apuestas conceptuales sobre la sexualidad de mayor incidencia es la de la teoría psicoanalítica, la cual no solo se enfoca en la genitalidad o la reproducción, sino que postula que la sexualidad está presente en todo el desarrollo del ser humano, incluyendo la infancia.

El psicoanálisis relaciona la sexualidad en la infancia con las primeras satisfacciones y le atribuye un importante papel en la estructuración psíquica del individuo; no la considera pues como una mera necesidad fisiológica que se debe cumplir.

Este capítulo presentará las ideas de Freud acerca del desarrollo inicial de la sexualidad infantil y de los cambios que se producen en ella cuando se inicia la pubertad, para ir situando, en este largo proceso, los elementos que intervienen en la estructuración de la identidad sexual y en la conformación de la organización sexual.

1.1 Desarrollo psicosexual infantil

Al desarrollar su investigación sobre las neurosis, Freud descubre que la sexualidad no se inicia en la pubertad, sino que hace presencia en la vida del ser humano desde su infancia. Otras disciplinas de su época, como la biología y la psicología, calificaban a los comportamientos sexuales de los niños, como excepcionales o resultantes de la inducción de un adulto o un niño mayor a dichas prácticas.

El estudio de los neuróticos le reveló a Freud que las vivencias sexuales infantiles, tenían ciertas características comunes, además de que solían quedar sometidas a una “amnesia general”. Gracias a estas indagaciones identificó la presencia de la sexualidad infantil y estableció su relación con fenómenos que se presentan en la adultez (Freud, 1905d).

Al profundizar en este tema Freud determina que la sexualidad infantil se caracteriza por ser autoerótica. En este proceso el niño busca encontrar satisfacción con algunas partes de su cuerpo, por lo cual la meta sexual en este periodo “es esencialmente autoerótica (su objeto se

encuentra en el cuerpo propio) y sus pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí” (Freud, 1905c, p.179)¹.

Este autoerotismo, es una forma de independizarse del mundo exterior y disponer de satisfacciones indiscriminadamente, ya que objetos externos que generan al niño algunas satisfacciones, en este caso la madre, no están disponibles para él cuando lo desea.

Freud denomina “zonas erógenas” a las partes del cuerpo que generan placer y satisfacción en el niño. Ellas pueden corresponder con cualquier sector de la piel o de las mucosas, y según como se estimulen provocaran sensaciones placenteras, ya que, por lo general, están dotadas de una alta excitabilidad.

La aparición de la actividad sexual en el niño, afirma Freud, puede darse por causas internas o externas; sin embargo, en un principio se pensaba que algún tipo de manifestación sexual en un niño era a causa de la seducción, o sea que se daba porque alguna persona le había llevado a experimentar este tipo de exploraciones. Sin embargo, este fue un postulado que abandonó cuando identificó que estas excitaciones y estos comportamientos provienen de causas internas y se dan espontáneamente.

Freud concluye que el niño tiene una disposición perversa polimorfa; sin que sea un factor externo el que lo lleve a alcanzar las satisfacciones en su propio cuerpo. Esa disposición lo inclina a todo tipo de transgresiones, pues todavía no están presentes en él los factores que lo impiden; los diques anímicos (vergüenza, asco y la moral) contra los excesos sexuales se instaurarán paulatinamente.

En 1915 reconoce que en la sexualidad infantil que había descrito antes se presentan organizaciones pregenitales. Con ese término hace referencia a “individualizar esbozos y etapas

¹ De manera excepcional, y solamente para hacer las referencias a los escritos de Sigmund Freud no se seguirán las pautas del manual APA, sino que se usarán las signaturas empleadas en la bibliografía, elaborada inicialmente por James Strachey, tal como está contenida y reformada en el volumen 24 de las *Obras Completas* de Freud publicadas por Amorrortu editores. Además, cuando el año de dicha signatura no coincida con el año de redacción, se agregará este último entre corchetes; por ejemplo, las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, se referirán como (Freud,1933a [1932]). Se opta por esta opción por cuanto la mencionada bibliografía de Strachey tiene amplio reconocimiento, por su mayor tradición y divulgación, y porque brinda muchas otras informaciones adicionales sobre cada escrito.

previas de una organización de las pulsiones parciales” (Freud, 1915c, p. 179) tiempo antes de que la zona genital alcance su papel principal en la vida sexual adulta.

La descripción de estas fases, se plantearon en un orden cronológico diferente al que se entiende actualmente. El orden de publicación puede resumirse de la siguiente manera:

fase autoerótica, 1905 (ya descrita en forma privada en 1899); fase narcisista, 1911 (en forma privada, en 1909); fase anal-sádica, 1913; fase oral, 1915; fase fálica, 1923 (Strachey, en: Freud, 1913i, p.335).

La fase oral, en la cual la actividad sexual está ligada a la alimentación y su meta sexual es la incorporación del objeto; aspectos que tendrán influencia luego en el proceso de la identificación. Durante esta fase oral, el chupeteo pone de presente cómo la actividad sexual supera la lógica y los fines de la alimentación.

La fase pregenital es la sádico-anal, durante la cual ya se encuentra la división en partes opuestas que atraviesan la sexualidad: la actividad y pasividad, “Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo “(Freud, 1905d, p.180).

Este es el primer momento de la obra de Freud, en el cual se refiere a lo masculino o femenino, y le da un punto de partida en esta organización pregenital. Aquí con actividad alude sobre todo a la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura, mientras que el órgano de la meta pasiva sería la mucosa erógena del intestino.

La fase fálica, no se concibe totalmente como pregenital, pero tampoco entra en la genital en un sentido adulto. Las aspiraciones sexuales se dirigen hacia una persona con la que se desea alcanzar satisfacciones; siendo este el mayor acercamiento a una sexualidad adulta. Aunque no se da una unificación total de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, se da un incremento en el interés por los genitales. Es un periodo cercano al descubrimiento de la diferencia anatómica, previa al Edipo.

Por tanto, “la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual” (Freud,1924d,p.146). Esta entra a definirse y establecerse totalmente en la adolescencia según los planteamientos Freudianos.

Se tiene entonces que Freud caracteriza la sexualidad infantil como autoerótica (carece de un objeto externo para alcanzar satisfacciones y utiliza el propio cuerpo como medio de satisfacción) y como constituida por pulsiones parciales, que apuntan a satisfacciones dispersas; con este punto de referencia describe las fases por las cuales atraviesa la sexualidad en la infancia, antes de que con la llegada de la pubertad se cambie a lo que se denominaría una sexualidad adulta.

En la sexualidad del adulto “normal” la obtención del placer se pone al servicio de la reproducción y las pulsiones parciales que estaban dispersas en varias partes del cuerpo se subordinan al placer de la zona genital. Todo esto se acompaña del cambio de la meta sexual, que pasa a efectuarse en un objeto externo, y no en el propio cuerpo, como ocurría en la infancia.

Entre la infancia y la adultez, se encuentra un punto intermedio, la adolescencia, en el que se producen transformaciones significativas que pueden llevar hacia diversas formas de sexualidad que involucran la genitalidad, formas más o menos “adultas” o “normales”, según los casos.

1.2 Metamorfosis sexual adolescente

A partir de la descripción anterior sobre los procesos que caracteriza la sexualidad infantil, Freud hace una diferenciación sobre lo que ocurre cuando la pubertad hace su entrada en el desarrollo del individuo, los procesos que intervienen y la manera en que la sexualidad genera cambios en la estructuración psíquica del individuo.

Freud afirma que en la pubertad aspectos ligados a la sexualidad infantil aparecen de nuevo para definirse, puesto que las pulsiones parciales, pasan a centrarse en un objeto sexual; además las satisfacciones que estaban dispersas se subordinan a la zona genital.

Los procesos que se dan en la sexualidad en el hombre son más claros para describir a comparación de la mujer, pues en el segundo caso resulta complejo de representar lo que ocurre

a nivel psíquico. Debido a estas dificultades en un primer momento Freud califica el proceso femenino de la sexualidad como de “involución”.

La “normalidad” que se esperaría se debe alcanzar en la sexualidad para ambos sexos, es la unión de la corriente tierna (infantil) y la sensual, que se dirigirían ahora a un objeto externo.

En un principio de “Las metamorfosis de la pubertad” (1905d), Freud describe que la meta final del varón está relacionada con la descarga de los productos genésicos, y el de la mujer en tener las condiciones adecuadas para recibirlos; por lo cual el fin de la pulsión sexual, contribuye a la reproducción: “la instauración de este primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual” (Freud, 1905d, 1976-80, p.181).

Freud estableció la importancia de lo que ocurría a nivel orgánico en cuanto a las sustancias genésicas, las sustancias químicas y el aumento de la tensión para alcanzar la satisfacción sexual final. El sustrato o factor cuantitativo de todo esto lo denominó *Libido*, la cual define, en una adición de 1915 a los *Tres ensayos...*, como “una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual” (Freud, 1905d-1976-80, p. 198).

Este concepto permitió identificar que la excitación sexual no solo se produce por la influencia de las sustancias genésicas, sino por la influencia de todos los órganos del cuerpo que están investidos de *Libido Yoica*. Esta solo es visible cuando se ha transformado en *Libido de objeto*, o sea cuando se ha convertido en una investidura de los objetos sexuales que se han elegido.

El carácter femenino y masculino en la pubertad termina diferenciándose totalmente; aunque en la infancia se podían evidenciar algunas de estas disposiciones, pero sin que fueran exclusivas. Se encuentra que las inhibiciones en la sexualidad como el asco y la vergüenza, se evidencia con mayor facilidad en la niña y requiere más tiempo que se hagan evidentes en el niño, por lo que se afirma que la mujer puede tener una mayor predisposición a la represión.

El autoerotismo se puede dar de la misma forma en ambos sexos en la infancia, lo que imposibilita diferenciar lo masculino de lo femenino. La masturbación como se da por influjo de las pulsiones, las cuales se consideran son totalmente activas (masculinas), no discriminan el sexo del objeto con el que buscan su satisfacción. Sobre esta base se afirma que la sexualidad

de la niña es totalmente masculina, porque es movida por los influjos de la libido y tiene fines activos al igual que el niño.

La zona genital para la mujer en la infancia es el clítoris, como para el hombre es el glande, pero en la pubertad se da un cambio en la mujer, ya que ella debe hacer una transferencia de la erogeneidad del clítoris a la vagina, aspecto que posteriormente genera dificultades en su sexualidad; por otro lado, en el caso del hombre se conserva la misma zona el resto de su vida.

En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria (Freud, 1905d-1976-80, p.202).

Se evidencia como se dan procesos diferenciados en cuanto al desarrollo de la sexualidad de la mujer y del hombre, encontrándose dificultades para poder describir de forma directa lo que sucede en la mujer. A partir de la pubertad, según Freud, se empieza a una importante diferenciación en los procesos intrapsíquicos del desarrollo sexual de la mujer y del hombre, aunque para ambos sexos el cambio general en la sexualidad es el mismo: ahora se escoge un objeto externo para alcanzar la satisfacción.

1.3 Adolescencia y elección de objeto

En la adolescencia se cumplen ciertas tareas psíquicas que son fundamentales para dejar atrás aspectos característicos de la infancia, para ayudar al establecimiento de la identidad en general y para asumir una sexualidad diferente en la vida del individuo.

Otra de las características relevantes en la adolescencia es lo que ocurre con la elección de objeto. Aunque la sexualidad es principalmente autoerótica en la infancia, durante esta se evidencia que el niño percibe también a los otros como objetos sexuales. “A pesar del imperio que ejercen las zonas erógenas, muestra componentes que desde el comienzo envuelven a otras personas en calidad de objetos sexuales” (Freud, 1905d. p.174). Esto implica que la elección de objeto se inicia en la infancia y no en la adolescencia, como se podría pensar; lo que les da otro valor a los procesos relacionados con la elección de objeto sexual.

La elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual (Freud, 1905d-1976-80, p.181-182).

El encuentro del objeto que se da en la adolescencia señala la metamorfosis que las pulsiones sexuales experimentan, puesto que estas se dirigen, más allá del propio cuerpo, sobre un objeto externo, en el que obtienen sus satisfacciones. “Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual” (1905d, p.189).

En la infancia no se discriminaba si los objetos que le podían generar satisfacciones eran de un sexo determinado; con la pubertad aparece la necesidad de escoger un objeto específico, diferenciándolo el sexo que este puede tener.

En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento... La conducta sexual definitiva se decide solo tras la pubertad, y es el resultado de una serie de factores que todavía no podemos abarcar en su conjunto, y de naturaleza en parte constitucional, en parte accidental (Freud,1905d-1976-80, p .132).

La elección de objeto que se lleva a cabo en la adolescencia, se plantea como la forma de encontrar por fuera de las figuras parentales en un mismo objeto, la unión de las corrientes tiernas y las sensuales que dominaban al niño en la infancia. En un primer momento para la elección de objeto, interviene el complejo de Edipo, el cual también influye sobre la elección de objeto definitiva de la pubertad; planteándose entonces que en este periodo se dará un reencuentro con el primer objeto de amor perdido, donde se recupera un objeto del mundo exterior que se había perdido en la infancia; se da un cambio de autoerotismo a aloerotismo.

La pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno que lo perdió solo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse

la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción... El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro" (Freud, 1905d. p. 202-203).

La elección de un objeto en la pubertad, según los planteamientos de Freud, está muy influenciada por las elecciones del niño durante la infancia, por lo cual este segundo momento es fundamental para rectificar lo que se había elegido previamente bajo el efecto del complejo de Edipo, o hacer una elección contraria.

1.4 La identidad sexual en Freud

En la obra freudiana, no se encuentran pues explicaciones completas en cuanto a lo que determina la definición de la feminidad o la masculinidad.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d) se encuentra una primera alusión a lo femenino y lo masculino. En un inicio, dice Freud, que esta diferenciación está determinada por caracteres anatómicos. Sin embargo, los casos de hermafroditismo en los cuales las características sexuales (genitales) no se definen o coexisten, se constituyen en un punto de partida para comprender la formación de la diferencia sexual. Dichos casos pusieron de presente que en los individuos existen simultáneamente aspectos masculinos y femeninos.

cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para tomar sobre sí otras funciones (Freud, 1905d, 1976-80, p. 129).

Adicionalmente, Freud, al desarrollar su descripción sobre la sexualidad infantil y sus etapas, y particularmente cuando define la etapa sádico-anal, introduce una división importante en la vida sexual, estableciendo un par de opuestos: pasivo y activo. Aunque al principio no lo señala directamente, luego va a relacionar más explícitamente esta polaridad con la de femenino y masculino.

Posteriormente afirma que el carácter femenino o masculino, se determina y logra diferenciar directamente en la adolescencia, cuando hacen presencia otros componentes

corporales y psíquicos que en la infancia no estaban activos, poniendo la pubertad como etapa decisiva para la diferenciación sexual. “La activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos, y esta similitud suprime en la niñez la posibilidad de una diferencia entre los sexos como la que se establece después de la pubertad” (Freud, 1905d, 1976-80 p. 200).

Sin embargo, en una nota agregada en 1915, en “Las Metamorfosis de la pubertad” (Freud, 1905d, p.200) hace referencia a las diversas definiciones que se han dado a los términos de masculinidad y feminidad, incluyendo definiciones biológicas y sociológicas, pero juzga más apropiado para el psicoanálisis el énfasis en la actividad y la pasividad. Concluye que los seres humanos no tienen una virilidad o feminidad puras, tanto en lo psicológico como en lo biológico.

Se los emplea en el sentido de actividad y pasividad, o en el sentido biológico, o en el sociológico. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva...Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos (Nota 1915, Freud, 1905d-1976-80, p. 200-201).

Las distintas formulaciones anteriores dan muestra de la evolución de la concepción freudiana sobre la oposición masculino/femenino, puesto que en un primer momento sus ideas y desarrollos se centran en la influencia de lo biológico para el desarrollo de la sexualidad tanto femenina como masculina, pero posteriormente tiene en cuenta otros factores que también influyen.

Otros elementos diferenciadores del desarrollo sexual de la niña se encuentran también desde 1905 en los *Tres ensayos de la teoría sexual*, cuando la presenta con características pasivas y limitaciones para su expresión, a diferencia del niño. Caracterizándola en su infancia como un varón, puesto que las pulsiones sexuales aparecen con la misma fuerza que en el niño, encontrándose que el autoerotismo puede darse también con la misma intensidad.

El desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva (...) La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino (Freud, 1905d, p. 200).

Posteriormente en “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924d), Freud describe cómo se experimenta este proceso del Edipo y la castración, ya que se tenía la concepción que se daban de la misma manera. Se halla entonces que el complejo de castración es el que introduce a la niña al complejo de Edipo, en cambio en el niño cumple la función de sacarlo del mismo, por el temor que le genera perder su miembro. El descubrimiento de la diferencia de los sexos cumple también una tarea importante, puesto que al niño le muestra que puede perder su pene como la niña, si no renuncia a los deseos edípicos; en cambio la niña compara su clítoris con el pene del niño, lo que según Freud genera un sentimiento de inferioridad más que una angustia de castración.

No parece extender esta inferencia de sí misma a otras mujeres, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se produce esta diferencia esencial: la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación (Freud, 1924d, p. 186).

En este texto empieza a darse un mayor acercamiento a lo que ocurre de manera separada en el desarrollo sexual del niño y la niña, además de las formas que en ellos asumen las mismas vivencias y las repercusiones que tienen en la estructuración psíquica de cada uno.

Es en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925j), donde profundiza sobre los efectos que produce la diferencia de los sexos en la niña y el niño; en este texto específicamente se describe con mayor profundidad los procesos que atraviesa la niña cuando se da cuenta de esta diferencia anatómica, además de las diversas reacciones que causa en ella esta situación. Retoma algunos de los postulados que había desarrollado sobre los efectos que produce el Edipo en cada individuo.

En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último (Freud,1926d, p. 275).

El complejo de castración es el que “produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad” (Freud,1926d, p.275), y afirma que dicho complejo puede favorecer el establecimiento de la feminidad, ya que se sigue asociando con la forma pasiva de experimentar la sexualidad.

Solo en “Sobre la sexualidad femenina” (1931b), se ocupa de los procesos específicos que atraviesa la niña en su desarrollo sexual, desde la etapa pregenital hasta el complejo de Edipo, mostrando que el camino de la niña no es simétrico al del niño. Parte de que el primer objeto de amor para ambos es la madre, pero la niña debe llevar a cabo procesos para que su elección posterior cambie hacia el padre.

No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña (Freud,1931b, p. 227).

En este texto muestra que, para comprender el desarrollo de la sexualidad femenina, hasta alcanzar la feminidad en la pubertad, se debe tener en cuenta lo que se da antes del Edipo. Para llegar a ese punto la libido de la niña, que estaba ubicada en una posición masculina, “como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva” (Freud,1905d,nota 1915), debe cambiar sus fines a metas pasivas. En este sentido la feminidad se adquiere con la renuncia a esa masculinidad.

En este progreso hacia la feminidad la niña también debe cambiar de objeto de amor. Puesto que su primer objeto es la madre, y sobre ella ha dirigido todas las pulsiones sexuales, debe renunciar a ella y elegir al padre como objeto de amor. Freud habla de varios factores que pueden influir para que se dé esta renuncia a la madre, menciona la prohibición a la masturbación que puede presentarse por parte de la madre; el reproche de no haberle dado el genital correcto,

o sea que naciera como mujer y no como varón o también aparece como motivo el compartir su amor con otros.

Por consiguiente, para Freud la masculinidad es lo “natural” y lo innato en el individuo, por lo cual el camino que la mujer debe atravesar para llegar a la feminidad es de diferenciación respecto de la masculinidad “Freud postuló que la masculinidad se creó en la naturaleza, mientras que la feminidad ‘nació’ de la desesperación psicológica” (Person y Ovesey, 1983, p. 211).

A pesar de esta tesis, Freud deja traslucir, como al margen, que existe una disposición femenina originaria, sustentada en sus aspiraciones pasivas:

El tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente {Umsturz}. Ahora queda expedito para la niña el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada (Freud, 1931b, p.240-241).

No obstante, de acuerdo con la visión dominante, para llegar a consolidar una u otra identidad es indispensable que se atravesase el Complejo de Edipo y se culmine su definición en la pubertad, puesto que en la infancia no se tienen todavía los elementos para establecerse definitivamente.

Posterior a la publicación “Sobre la sexualidad femenina” (1931b), en la que caracteriza la feminidad por la pasividad de las metas sexuales y por una tendencia hacia el masoquismo, en una de las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933a [1932]) retoma el tema y revisa los postulados iniciales con los que describía lo femenino y lo masculino.

La feminidad y masculinidad no se dan de manera natural como se había planteado antes, pero no encuentra nuevas características para agregar a los conceptos desarrollados hasta el momento. Sigue entonces relacionando la feminidad y masculinidad con la actividad y pasividad.

Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculino y en este otro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la

convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino» (Freud, 1933a (1932), p.106).

En el proceso de definición de la identidad sexual, Freud reconoce la participación de las identificaciones y su importancia, sin embargo, no profundiza de manera teórica acerca de los procesos ocurridos que se relacionan con el complejo de Edipo.

Freud descubre que la identificación es esencial para la estructuración del Yo. Para entender las identificaciones analiza los procesos en la melancolía, en los que el amor hacia el objeto se transforma en una identificación con él. Sin embargo, el proceso es complejo, puesto que, en etapas previas como ocurre en la etapa oral, el amor hacia el objeto y la identificación no se discriminan.

Las identificaciones primitivas que establece el sujeto, son ese primer tipo de relación con el objeto, las cuales son la base para las identificaciones secundarias.

Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación. Más tarde, lo único que puede suponerse es que las investiduras de objeto parten del ello, que siente aspiraciones eróticas como necesidades. El yo, todavía endeble al principio, recibe noticia de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión. Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía (Laplanche, 1972-73/1988 p.316).

El primer momento donde se describe la relación primitiva oral, es en *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), donde aparece esta primera identificación simbólica, mencionada en *Tótem y Tabú*, bajo el término de canibalismo, y donde la oralidad no es considerada como la forma erótica de relación, sino como un modo de relación estructurante; a través de ella se da la absorción de la madre o el padre bueno.

Con esta primera identificación inicia la formación del Ideal del Yo, a través de la identificación con el padre.

Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal no es sino el padre, (es el padre de la prehistoria persona). A primera vista no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata, y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre (vamos a pasar al Edipo) parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria (Laplanche, 1972-73/1988, p. 118).

En el pensamiento primitivo, al momento que se incorpora el objeto se tiene la idea que se obtienen sus características y propiedades, apoderándose a través de la oralidad del objeto, para que posteriormente se realice elección de objeto sexual del mismo.

El origen identificatorio del Ideal del Yo, es descrito en la obra Freudiana principalmente en el varón y poca mención se hace a lo que ocurre en la mujer durante este proceso; en un principio se describían como similares.

esta identificación primaria es puesta en relación con el nacimiento del ideal del yo; más exactamente, se la señala como su sustrato: lo que se oculta detrás del ideal del yo. Por último, punto sorprendente, esta identificación primaria es designada como identificación con el padre (Laplanche, 1972-73/1988,p.118).

El complejo de Edipo se describe como un triángulo, como la doble relación que establece el niño con la madre por apuntalamiento y con el padre por identificación, como continuación de la identificación primaria.

Del padre, el varoncito se apodera por identificación. He aquí la aparición de la genitalidad ligada a los órganos genitales y al cuestionamiento respecto de la diferencia entre los sexos; y he aquí, entonces, esta vez, la entrada en el Edipo a partir de esta doble relación inmediatamente pre edípica. Freud la describe en principio bajo un solo

aspecto, el denominado positivo: relación de amor por la madre y relación de rivalidad con el padre. El amor por la madre viene entonces a enfrentar en la relación pregenital, con ese carácter tan particular que hace que el Edipo masculino y el femenino no sean simétricos. En cuanto a la relación con el padre, que antes era identificación, se inflexión en una tendencia a la rivalidad, que marca la ambivalencia (Laplanche, 1972-73/1988, p.320).

En esta descripción del Edipo, solo se tiene en cuenta la salida positiva, caracterizado por el amor a la madre y la rivalidad con el padre; el amor hacia la madre de las etapas preedípicas es el que empieza a darle una variabilidad al proceso que lleva a cabo el varón y la mujer; la relación con el padre que antes era una identificación primaria, se convierte en una rivalidad con él, dando lugar a la ambivalencia.

El complejo de Edipo en el varón llega a su fin por la intervención del complejo de castración, como una amenaza directa del padre señalando la prohibición del incesto. La relación de la niña con el complejo de castración era un aspecto que inicialmente Freud no tenía en cuenta, o que no diferenciaba de la del varón.

La amenaza de castración, lleva al niño al abandono del amor hacia la madre, dejándolo con dos posibilidades: la identificación con ella, que lo dirige a que se fortalezca la identificación con el padre, pues se sustituye la investidura de objeto para su instalación en el Yo. En el caso de la niña si se aplica teóricamente este mismo proceso, se plantea que se establece una identificación con el objeto de amor edípico, el padre; en ambos casos la salida del Edipo desemboca a la homosexualidad.

1.5 La bisexualidad en Freud

El término "bisexualidad" es utilizado por Freud a lo largo de su obra. En *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), lo emplea para dar una respuesta general a los procesos psíquicos que se presentan en los neuróticos. Además de retomar lo que Fliess le había manifestado en 1897 acerca del desarrollo de la bisexualidad; teniéndola en cuenta para describir ciertos fenómenos de la sexualidad infantil que buscaba describir.

En el verano de 1901 declaré un día a un amigo, con quien mantenía un vivo intercambio de ideas sobre cuestiones científicas:" «Estos problemas neuróticos solo se podrán solucionar si nos situamos por entero dentro del supuesto de una bisexualidad originaria del individuo» ... En ese momento no quisiste saber nada de ello». Es doloroso ser así invitado a renunciar a la originalidad (Freud,1901b-1976-80, p.143).

En *Tres ensayos de una teoría sexual* (1905d), habla de hermafroditismo en algunos individuos, cuando es evidente en ellos la presencia de ambos sexos. Freud hace referencia en varios apartados a la diferencia entre los hombres y las mujeres, sin embargo, señala que el individuo puede tener rasgos de ambos sexos, aunque no se evidencian con facilidad o en ocasiones no tenga una función específica.

En efecto, cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para formar sobre sí otras funciones (Freud,1905d- 1976-80 p. 129).

En el mismo texto, Freud discute la utilización del concepto para entender lo que ocurre con los invertidos.

La doctrina de la bisexualidad ha sido formulada en su variante más cruda por un portavoz de los invertidos masculinos: «Un cerebro femenino en un cuerpo masculino». Solo que no conocemos los caracteres de lo que sería un «cerebro femenino». Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado (Freud,1905d-1976-80, p. 130).

Esta ocasión puede ser unas las primeras en que utiliza el término de manera directa, para nombrar algunos aspectos biológicos que se expresarían con mayor nitidez en la pubertad.

La disposición bisexual dota al individuo tanto de centros cerebrales masculinos y femeninos cuanto de órganos sexuales somáticos. Estos centros empiezan a desarrollarse en la época de la pubertad, las más de las veces bajo la influencia de las glándulas sexuales, que son independientes de ellos en cuanto a

la disposición (constitucional). Pero acerca de estos «centros» masculinos y femeninos cabe decir lo mismo que afirmamos para el supuesto cerebro masculino y femenino (Freud, 1905d-1976-80, p. 130).

De todos modos, Freud sustenta encuentra que tanto en el hombre como la mujer existen elementos masculinos y femeninos, que terminan expresándose unos u otros con una mayor fuerza.

Un doctor Arduin (1900) formula la tesis de que «en todo ser humano están presentes elementos masculinos y femeninos, solo que, en tanto se trate de personas heterosexuales, y de acuerdo con el sexo a que pertenezcan, unos se han desarrollado incomparablemente más que los otros...». Herman (1903) comprueba que “en toda mujer se contienen gérmenes y propiedades masculinos, y en todo hombre, femeninos” (Freud, 1905d-1976-80, Nota 12, p. 130).

También toma postulados de Havelock Ellis, quien afirmaba que en los invertidos se daba disminución de la pulsión sexual y atrofas anatómicas de ciertos órganos. Sin embargo, como esto no era una constante en todos los individuos la inversión y el hermafroditismo resultaban ser independientes entre sí.

Otro autor nombrado era Ktafft-Ebing, quien afirmaba que “la disposición bisexual dota al individuo tanto de centros cerebrales masculinos y femeninos cuanto de órganos sexuales somáticos. Estos centros empiezan a desarrollarse en la época de la pubertad, las más de las veces bajo la influencia de las glándulas sexuales, que son independientes de ellos en cuanto a la disposición (constitucional)” (Freud, 1905d-1976-80 p.130).

En las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]), Freud usa el término de bisexualidad teniendo en cuenta lo anímico, ya aclara que algunos comportamientos que se clasifican como femeninos o masculinos, no son innatos, sino que aparecen por influencia de factores culturales que marcan y delimitan las acciones según el sexo asignado.

Estamos habituados a usar «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho

o hembra, se comporta en este punto masculino y en este otro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención (Freud, 1933a (1932), p.106).

1.6 Síntesis y discusión

En la infancia, si bien están presentes características que pueden considerarse masculinas(activas) y femeninas(pasivas), no están todavía definidas la identidad y orientación sexuales; será con la adolescencia que estas se fijen de manera más decisiva.

La condición bisexual es básica y universal, y define la infancia. Freud considera a la actividad como una característica fundamental de las pulsiones y la asocia con la masculinidad, mientras que la feminidad la relaciona con la pasividad. Dado este paso de la actividad a la pasividad que requiere hacer la mujer, se presenta en ella una mayor tendencia a la represión de su sexualidad.

Es importante mencionar que, durante los primeros planteamientos freudianos, tanto la masculinidad como la feminidad se obtenían por las mismas vías de desarrollo. Sin embargo, a medida que ahondó su comprensión se dio cuenta que el desarrollo sexual se construye por caminos diferentes en el hombre y en la mujer. Esto dificultó a Freud la comprensión cabal de la sexualidad femenina y de los procesos que intervienen para alcanzarla, pues teóricamente todo lo planteado en ese primer momento solo daba explicaciones claras en cuanto al desarrollo de la sexualidad masculina. Aprehendida esta asimetría entre el niño y la niña, observa que el niño sepulta el Edipo por la angustia de castración, mientras que la niña ingresa a él por la castración. Esto influye para que al final de su obra modifique su visión sobre la sexualidad femenina y sobre la masculinidad. Pero aun así concibe lo masculino como la condición de base de la sexualidad y la feminidad como una renuncia a lo masculino. En todo caso la identidad masculina o la femenina no las considera condiciones innatas del individuo.

Es importante señalar que la orientación sexual se establece durante la adolescencia, ya que en este periodo se renuncia a las pulsiones hacia los progenitores, y se elige un objeto externo con el cual se puedan satisfacer dichas pulsiones. En este proceso desempeña un importante papel el complejo de Edipo y el tabú del incesto.

No obstante, la orientación sexual está determinada por los amores de la infancia, así como por las identificaciones preliminares con los progenitores, y sobre todo por los complejos de Edipo y castración. Cuando termina el periodo de latencia, las pulsiones sexuales, que encontraban satisfacción en otros fines como el deporte o el estudio, vuelven a reactivarse con más fuerza para buscar su satisfacción en los objetos externos al entorno familiar. Durante la adolescencia se define entonces la orientación sexual, sea homosexual, heterosexual o bisexual.

2. Identificaciones, Edipo, asunción de la sexualidad

La identidad y la orientación sexuales han sido términos que en el psicoanálisis se tienden a asociar estrechamente, por lo que son pocos los autores que los diferencian claramente. En sus definiciones se combinan confusamente características anatómicas, formas de satisfacción y comportamientos sociales esperados según el género.

2.1 Las identificaciones y la identidad

La identidad no es un concepto consagrado dentro del psicoanálisis; está ausente en varios de los diccionarios reconocidos (Laplanche & Pontalis, 1967/2004; Kaufman, 1993/1996; Roudinesco & Plon, 1995/2008; Chemama, 1995/1998), pero son escasos los textos psicoanalíticos sobre la adolescencia que no se ocupen de ella; especialmente enfocando las identificaciones y la manera como estas influyen en la instauración de la identidad.

Dentro del presente trabajo se ha tomado la concepción de François Ladame (1999/2001) para quien la identidad es fundamentalmente un sentimiento consciente, que remite a la presencia de identificaciones inconscientes y que refleja la investidura de la representación de sí.

Las identificaciones, pues, son relevantes para la construcción de la identidad del ser humano, en general, pero como se verá, en el marco del complejo de Edipo influyen decisivamente en el establecimiento de la identidad sexual y la elección de objeto. En la infancia no es todavía definitiva la identidad y la elección de objeto, será en la adolescencia que se asumirán aspectos corporales y psíquicos claves para conformar estos aspectos.

La identificación según el diccionario de Laplanche & Pontalis (1967-2004) es un "Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de este. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones" (p.185).

La identificación no es tampoco un proceso que sea "copia fiel" del original; no se produce con la persona en sí, sino con representaciones o imágenes que el

sujeto construye de esa persona, y bien sabemos que esta construcción se halla influida por múltiples factores (Korman,1977, p.13).

Según la clasificación realizada inicialmente por Freud, pueden existir varias clases de identificaciones; las primarias que son fundantes para el individuo en su estructuración psíquica básica y las secundarias que logran generar cambios o variaciones en la estructura establecida inicialmente.

...Se las puede considerar también como permanentes (estructurantes), con referencia al hecho de que producen un cambio definitivo en la estructura psíquica, o transitorias (por ejemplo: la identificación histérica). Las permanentes pueden también ser, a su vez, primarias (con lo que "primario" adquiere aquí el sentido de fundante de una nueva estructura psíquica) o secundarias (aquellas que remodelan esa estructura dándole su forma definitiva) (Korman,1977, p.18).

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c [1920]), se afirma que la identificación es "la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona", lo que podría indicar que es un proceso primitivo que el individuo emplea para establecer formas de relación tempranas, tomando algunos elementos para sí que encuentra en otros (Korman,1977).

Por otro lado, cabe mencionar las identificaciones totales, las cuales se caracterizan como una forma masiva para identificarse con el objeto, a diferencia de las parciales donde se toman ciertos aspectos del objeto con el que se identifican.

Así mismo, si se toma como referencia el complejo de Edipo, las identificaciones pueden agruparse en preedípicas, edípicas y postedípicas.

Los procesos identificatorios generan cambios permanentes o transitorios en la estructuración psíquica; ellos son el punto de partida para la conformación del Yo, el Ideal del Yo y el Superyó.

Conviene aclarar que las teorías psicoanalíticas que se han centrado en el Yo, han hecho una distinción entre el Yo (ego) y el Sí-mismo (self). Así el narcisismo, que es el amor al Yo, estos teóricos lo entienden como el amor al Self, y a este último lo toman como el representante de la personalidad o carácter, constituido por diversas identificaciones.

Laplanche aclara bien esta doble situación del Yo en Freud:

el yo es apéndice diferenciado y adaptativo del organismo, pero al mismo tiempo el yo es depositario de identificaciones con otros organismos; o aun, el yo es órgano de percepción, reina sobre el sistema percepción-conciencia, y al mismo tiempo es el sedimento de experiencias perceptivas antiguas. Creo que es necesario dejar subsistir esta ambigüedad. Sería abusivo hacer del yo, o del Yo sujeto, el lugar predilecto de la subjetividad, por cuanto, como hemos visto, la subjetividad puede encontrarse situada en otra parte, por ejemplo: en la depresión, del lado del superyó (Laplanche, 1972-73/1988, pp.313-314).

Las identificaciones que conforman al Yo, siguen el modelo de las identificaciones melancólicas, las cuales se establecen a partir de la interiorización en el Yo de las investiduras de objeto perdidas; son resultantes de una investidura de objeto previa. En la melancolía cuando se pierde un objeto, su investidura, se interioriza totalmente; por lo tanto, en las identificaciones primitivas no hay diferencia entre ellas y el amor al objeto.

Las identificaciones estructurantes del yo se hacen en virtud de un proceso análogo al de la identificación melancólica, es decir por transformación del amor (más en general: de la investidura de objeto) en identificación. Pero esta transformación solo es patrimonio de estadios relativamente avanzados, mientras que en un estadio primitivo, identificación y amor son uno (Laplanche, 1972-73/1988,p.316).

2.2 Las identificaciones y el complejo de Edipo

En el momento preedípico la relación con la madre se basa en el apuntalamiento, o sea, se apoya en los cuidados y la alimentación (usualmente al pecho), y la relación con el padre se realiza por identificación, a través de las identificaciones primarias.

Del padre, el varoncito se apodera...[]... por identificación. He aquí la aparición de la genitalidad ligada a los órganos genitales y al cuestionamiento respecto de la diferencia entre los sexos; y he aquí, entonces, esta vez, la entrada en el Edipo a partir de esta doble relación inmediatamente preedípica...El amor por la madre viene entonces a injertarse en la relación pregenital, con ese carácter

tan particular que hace que el Edipo masculino y el femenino no sean simétricos. En cuanto a la relación con el padre, que antes era identificación, se inflexión en una tendencia a la rivalidad, que marca la ambivalencia (Laplanche, 1972-73/1988, p. 320).

Si se toma el modelo de la identificación melancólica, la terminación o “liquidación” del complejo de Edipo, debería conducir a que las cargas libidinales en los objetos primarios se abandonen y cambien por identificaciones yoicas y superyoicas. Este tipo de identificaciones se caracterizan porque el objeto perdido se interioriza completamente en el Yo y no solo características de este.

Durante el Edipo el varón cambio la relación de admiración del padre por rivalidad, la relación con la madre ya no es una relación diádica como la que estableció con el seno, sino triádica por el ingreso que hace el padre dentro de esta. Esta situación describe principalmente lo que se da en el complejo de Edipo positivo, caracterizada por el amor hacia el progenitor del sexo opuesto y una relación ambivalente con el progenitor del mismo sexo.

Una indagación más a fondo pone en descubierto, las más de las veces, el complejo de Edipo más completo, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño. Es decir que el varoncito no posee solo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas (Laplanche, 1972-73/1988, p. 324).

Las identificaciones secundarias que se dan durante la crisis edípica, caracterizadas por tomar cualidades del objeto de amor, sin interiorizarse todas las características de este. Ahora bien, ellas llevan, si no se excluye el Edipo negativo² a considerar de nuevo la teoría de la bisexualidad.

² Como lo hace Blos (1967), quien plantea que el Edipo se resuelve en dos tiempos y que la elaboración del Edipo negativo durante la adolescencia es indispensable para alcanzar una identidad completa. Esto se desarrollará en el capítulo 3.

Desde el Edipo el abandono al amor de la madre se dan dos posibles salidas: una identificación con la madre o el fortalecimiento de la identificación con el padre; según la teoría para el varón la única salida que se acopla a la teoría es la identificación con la madre, en la cual se sustituye la investidura de objeto, por la instalación de este en el Yo. Sin embargo, esta salida da una posición atípica, es decir la homosexualidad.

La tendencia positiva hacia las figuras parentales llevaría a la introyección de lo que se ama y a proyectar lo que se odia. Sin embargo, estos mecanismos, no se ve claramente cómo se estructuran las elecciones de objeto y las identificaciones primitivas.

En todos los casos se dan identificaciones dobles con ambos progenitores y según como estas sean resueltas se elegirá la posición sexual posterior. La salida del Edipo define la elección y posición que se asumirá respecto al objeto, homosexual o heterosexual. El individuo se situará en la posición que domine, teniendo como referencia la fase fálica, donde pudo predominar lo castrado o lo fálico. El Edipo no es un modelo que sirva como replica para el establecimiento de las relaciones posteriores.

Freud debe librarse de esta paradoja ...[]... y para ello no hay otro medio que hacer intervenir lo que él llama la bisexualidad. De esta bisexualidad nacen dos tipos de consecuencias que, parecería, desembocan empero en el mismo resultado. Una primera interpretación mecánica, o simplemente biológica, no explica gran cosa: según el predominio de las tendencias innatas, de las disposiciones masculinas o femeninas de cada uno, el sujeto escogerá la identificación con el padre o con la madre (Laplanche, 1972-73/1988, p. 323).

Pero todavía falta por identificar qué es lo que define o marca dicha elección. Por eso Laplanche se pregunta dónde sitúa Freud la marca de la asunción del sexo, la marca de la herencia del Edipo. Descarta que puede hallarse directamente en las pulsiones, pues según la concepción de Freud las pulsiones son inaccesibles al tiempo y, en cierto sentido, ineducables. Puede que se marque indirectamente en las pulsiones, pero por medio de una especie de juego dialéctico con el Edipo, en el que ellas entrarían después. Tampoco le parece que sea una respuesta o “solución” completamente satisfactoria considerar que esa marca de la asunción del

sexo se encuentre en el yo, o en el carácter, a menos que se piense en el **ideal del yo** como subestructura del Yo. Entonces, Laplanche, de manera abrupta, adelanta una respuesta:

hay que considerar que la asunción del sexo es ante todo presentada por Freud como competencia de la instancia "ideal"; es del dominio de la norma o, más exactamente: la posición en cuanto al sexo depende de la misma instancia a la cual se enlaza la norma (Laplanche, 1972-73/1988, p. 328).

2.3 Yo-ideal e Ideal del Yo

Fue también en el contexto teórico de *Introducción del Narcisismo* (1914c) que Freud habló del Yo ideal. Antes de este trabajo, el ideal era presentado esencialmente como una fantasía o un proyecto de identificación del niño con el adulto. Pero a partir de 1909, el término "ideal" aparece asociado a los conceptos de narcisismo y homosexualidad. Así, en la interpretación freudiana de la homosexualidad de Leonardo, se considera que idealización del niño por su madre es de naturaleza narcisista, y deviene una condición para la constitución de sus futuras relaciones objetales, es decir, que el futuro homosexual, después de la identificación con su madre, toma a su antigua autoimagen idealizada como criterio para la elección de su objeto.

Freud no establece una diferenciación explícita entre el Yo ideal y el Ideal del Yo. No obstante, presenta dos posturas significativas que se pueden hacer corresponder con estas instancias: una postura arcaica (preedípica), relacionada principalmente con el narcisismo primitivo; y otra postura, más simbólica, correspondiente al Ideal del Yo, relacionada con la superación del Edipo y articulada al funcionamiento del Superyó.

Al narcisismo arcaico infantil se lo considera la base de constitución del Yo ideal. El Yo ideal se mantiene como añoranza inconsciente, como resto del narcisismo abandonado, como aspiración a recuperar el amor que el Yo gozó en la infancia. El Yo ideal, resulta ser un modelo de perfección el cual se trata de alcanzar; siendo una forma primitiva para recobrar el narcisismo perdido, que el Yo real experimentó.

El Yo ideal opera de manera totalizante o generalizante, por eso, cuando un objeto cumple posee algunas características ideales, la valoración de estas se traslada al objeto en su conjunto.

la incondicionalidad de la admiración que construye el yo ideal se refiere entonces a un libre desplazamiento de la valoración desde el atributo idealizado hacia la totalidad de la representación del sujeto. No es que se tome la parte por el todo, como en la metonimia en que la primera pasa a representar al segundo, sino que el juicio y la reacción afectiva que merece la parte pasan a ser patrimonio del todo (Bleichmar, 1995,p.78).

La conformación de este Yo ideal se basa en el narcisismo infantil o en identificaciones con algunas características del objeto que se presumen como "perfectas" se asumen para sí mismo. Es una instancia en la que tiene un mayor dominio el principio del placer.

Pero Freud considera que este Yo ideal puede ir remodelándose y posteriormente impulsar al Yo hacia nuevos fines, gracias a un mayor equilibrio con el Superyó y la realidad.

Un yo ideal adecuadamente remodelado es aquel que luego de sucesivas modificaciones se trasforma en una instancia psíquica que "empuja" a nuestro yo al logro de determinados fines, y esto se consigue en equilibrio con el superyó y la realidad (Korman,1977, p.35).

La conformación del Ideal del Yo, por otra parte, se relaciona con un objeto externo al individuo, donde se presenta un mayor dominio del principio de realidad, además de relacionarse directamente con las identificaciones secundarias caracterizadas por tomar aspectos del objeto y de esta manera configurar la propia identidad.

El Yo ideal queda relacionado con una identificación total con el objeto, en cambio la conformación del Ideal del Yo, se caracteriza por identificarse con algunos aspectos del objeto, pues ya se ha establecido una diferencia entre el Yo y el objeto.

Vemos así que la diferencia entro el yo ideal y el ideal del yo no reside en que el primero sería referido a una persona y el segundo no. Ambos pueden quedar vinculados a una persona, pero mientras el yo ideal quedaría identificado con la totalidad de ésta, sin ninguna grieta, el ideal del yo en el caso de encarnarse jamás

lo hará con todo el ser. El ideal del yo podrá estar encarnado en un personaje, pero lo que nunca se alcanzará es que el conjunto de los ideales esté en él personificados; entonces sí se trataría del sistema discursivo del yo ideal (Bleichmar,1995,p.84-85).

De acuerdo con *Introducción del narcisismo* (1914), se podría decir que la autoestima del Yo, soportada por la formación-ideal, representa la manera como el narcisismo opera en el conflicto o en la represión. Que un sujeto reprima un determinado deseo que considera inaceptable mientras que permanece indiferente a otro, implica que ha erigido un Ideal del Yo, en cuanto modelo de referencia en función del cual ciertas descargas pulsionales devienen inaceptables o incompatible. Freud además, relaciona el ideal de la instancia con la censura, pero los distingue; el primero es una especie de parámetro a partir de la cual esta última se ejerce. Solo más tarde el ideal se convertirá en una función sostenida por el Superyó.

De allí que, más adelante, en *Psicología de las masas y el análisis del yo* (1920), el Ideal del Yo se lo relacione con las funciones críticas del Super Yo. Aparecen en esta obra dos dimensiones del Ideal del Yo: como instancia distinta del Yo, capaz de comprometerse en conflictos con él, y como modelo. Por tanto, el término Ideal del Yo es utilizado en repetidas ocasiones como sinónimo de Superyó. Sin embargo, el Ideal del yo, más allá de sus funciones críticas, es puesto allí en primer plano para explicar la fascinación amorosa, la dependencia del hipnotizador o la sumisión al líder. En otras palabras, el Ideal del Yo se lo articula, en este contexto y por esta vía, con la relación de objeto.

El ideal del yo resulta entonces algo externo a cada persona, una exigencia, una condición que aquélla tendrá como norma satisfacer. Se referirá siempre a un aspecto parcial, una unidad de medida con la que se comparará un rasgo que está dentro de su misma categoría temática. La vigencia del ideal del yo dependen de que se haya podido pasar del discurso totalizante al discriminante, ya que en el primero el juicio sobre cada aspecto del sujeto no deriva como hemos visto anteriormente de su cotejo con algo exterior al mismo sino que es una consecuencia obligada, a partir de una tesis inicial, por cualquier medio, forzándose la lógica y a despecho de cualquier evidencia (Bleichmar, 1995,p.84-85)

Por eso también se plantea a veces que la conformación de Ideal del Yo se basa en la primera identificación establecida con el padre de la prehistoria, una identificación directa que se ha establecido antes de establecer investiduras de objeto.

Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras éste se esconde la identificación primera y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal [no es solo el padre, es el de padre de la prehistoria personal]. A primera vista no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata, y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre (vamos a pasar al Edipo) parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria (Laplanche, 1972-73/1988, p. 318).

2.4 Identificación y elección de objeto

Freud considera, en *Psicología de las masas*, que en la identificación primaria hay una relación de objeto.

El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo (Freud, 1921c (1920), p.99).

Siguiendo en esto a Freud, Laplanche también considera que la identificación primaria es una forma directa de ligazón antes de cualquier investidura de objeto e interviene en la elección de objeto de los primeros períodos sexuales.

Así, pues, el hecho de considerarla una forma precoz de enlace afectivo con otra persona presupone la existencia de una temprana relación objetal, para que en su seno tenga lugar la identificación; pero aclaremos que se trata de un tipo peculiar de relación objetal: la que puede establecerse en el momento del desarrollo, atendiendo a lo arcaico e incipiente de la organización psíquica. Hasta

tal punto es peculiar que algunos autores prefieren no ver en ella una verdadera relación de objeto y, por extensión, consideran la identificación primaria como anobjetal (Korman,1977, p.23).

En *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905c), Freud anota que el niño establece vínculos y aprende a amar a cuidadores y progenitores. Luego en la adolescencia la vida sexual y la elección de objeto, se da inicialmente en la esfera representacional, a través de las fantasías, que se caracterizan por la inclinación a tendencias infantiles. El hallazgo del objeto entonces, viene a ser un reencuentro con el objeto externo, fuera del campo de la representación y la fantasía, siguiendo generalmente el modelo de los vínculos e identificaciones de fases previas.

Quizá la elección de objeto, en general, se produce mediante un apuntalamiento, más libre, en estos modelos. El varón persigue, ante todo, la imagen mnémica de la madre, tal como gobierna en él desde el principio de su infancia; y armoniza plenamente con ello que la madre, aún viva, se revuelva contra esta renovación suya y le demuestre hostilidad. Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cualquier perturbación de ellos haga madurar las más serias consecuencias para la vida sexual adulta; ni siquiera los celos del amante carecen de esa raíz infantil o, al menos, de un refuerzo proveniente de lo infantil (Freud, 1905c/1976-80, p.208).

El apuntalamiento en la infancia y la inclinación hacia los padres, son pues factores que se renuevan en la pubertad (“dobleamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas”: Freud,1905c, p.205) y fundamentan las diversas alternativas y series, hacia la elección de objeto que tiene el individuo en este periodo.

Puede decirse que los primeros objetos, tienen sobre sí pulsiones parciales, mientras que el objeto sexual del Yo unificado, es el que acompaña a las identificaciones secundarias. Se da un cambio en la libido que pasa de narcisista a ser libido de objeto, pues ahora si se da una clara diferenciación entre el yo y el objeto.

Las identificaciones secundarias, pueden darse entonces de manera simultánea a las relaciones libidinales con el objeto. Estas relaciones hacen su aparición cuando las pulsiones

parciales se unifican en un objeto específico, es decir cuando se da un cambio de la libido narcisista a libido objetal; en este proceso, se habla de amor o de odio al objeto.

en el plano de la organización pulsional del sujeto, la confluencia de las distintas pulsiones parciales bajo el predominio fálico, pudiéndose orientar las pulsiones ahora unificadas hacia una única persona (objeto del yo unificado, estamos en el momento en el que se da la elección o carga de objeto); en el plano energético y en correlación con lo antedicho la posibilidad de transformación de la libido narcisista a libido objetal. Cuando se dan tales requisitos, el objeto sexual es objeto ya no de las pulsiones parciales sino del yo total; solo entonces puede hablarse de amor o de odio hacia el objeto (Korman,1977, p-25).

En una nota agregada en 1920 a *Tres ensayos...* Freud trae a cuento una diferenciación hecha por Ferenczi, que permite separar las diferentes posibilidades en cuanto a la elección de objeto de definición de una identidad sexual. La diferenciación de Ferenczi se refiere al homoerotismo, el cual puede presentarse con respecto al objeto (homosexualidad-heterosexualidad- bisexualidad), o en referencia al sujeto, es decir, si este se identifica y se comporta como hombre o mujer.

Critica, con razón, que bajo el nombre de «homosexualidad» (que él propone sustituir por el más adecuado de «homoerotismo») se confundan una cantidad de estados muy diversos, de desigual valor tanto en lo orgánico como en lo psíquico. Pide que se distinga con claridad al menos entre estos dos tipos: el homoerótico en cuanto al sujeto, que se siente mujer y se comporta como tal, y el homoerótico en cuanto al objeto, que es enteramente masculino y no ha hecho más que permutar el objeto femenino por uno de su mismo sexo. A los primeros los reconoce como genuinos «intermedios sexuales» en el sentido de Magnus Hirschfeld; y a los segundos los caracteriza —menos felizmente— como neuróticos obsesivos. Solo en el caso del homoerótico en cuanto al objeto puede haber una rebelión contra la tendencia a la inversión, así como la posibilidad de influencia psíquica (terapéutica). Aun admitiendo estos dos tipos, es lícito agregar que en muchas personas hallamos, mezclados, cierto grado de homoerotismo en cuanto al sujeto con una cuota de homoerotismo en cuanto al objeto (Freud, 1905c-1976-80,p.133).

2.5 La bisexualidad en algunos post-freudianos

La bisexualidad, como se expuso anteriormente, antecede a la definición de la identidad sexual, y se requiere de la disolución del complejo Edipo para que pueda resolverse en alguna medida.

Los autores post-freudianos han hecho otros desarrollos sobre la bisexualidad, plantean que es una condición universal y fundamental para la constitución de la identidad sexual en el individuo, dado que inicialmente permite establecer relaciones de amor y odio con ambas figuras paternas, lo que posteriormente posibilita las identificaciones secundarias con cada una de ellas.

Así, por ejemplo, Joyce McDougall (1973/1996) entiende la bisexualidad en función del ideal primitivo del niño de evitar la separación del primer objeto, por lo que comprende la bisexualidad como una manera de negar la separación y diferenciación con Otro.

La ilusión bisexual en todas sus manifestaciones está construida sobre el muro de la diferencia de sexos, pero encuentra sus bases en la relación primordial, en el deseo siempre actual de anular todo pensamiento de separación con el Otro, un deseo perpetuo cuya meta es negar esta alteridad imposible y poner fin a todo deseo (McDougall, 1973/1996, p.147).

Esta es así planteada como una manera de negar el encuentro con la diferencia entre los sexos, de mantener los deseos narcisistas y la ilusión de fusión con el primer objeto con el que se experimentó la unidad; es un proceso regresivo a una fusión inicial. En contraste, para establecer una identidad propia es importante el reconocimiento del otro, como ente diferente con quien compararse y construirse, lo que en ciertos puntos puede afectar de manera directa para el establecimiento de la identidad sexual.

el descubrimiento de la diferencia de sexos y el reconocimiento de que la identidad sexual propia solo puede definirse en relación con la del otro sexo implican un renunciamiento de los deseos narcisistas y la pérdida de una ilusión, ya prefigurados por la pérdida del pecho (McDougall, 1973/1996, p.148).

La bisexualidad, caracterizada por la indefinición que se da en la adolescencia, puede entenderse a veces como un intento por mantener sus fantasías de unión con la primera figura.

Esta bisexualidad es una condición constitucional en el ser humano, un estado innato en todos los individuos y requisito para que se dé una identificación con el padre del mismo sexo, y para que se escoja al del otro sexo como objeto.

Puesto que el ser humano es, en su constitución, fundamentalmente "bisexual", el doble aspecto de la identidad lleva a una identificación con el padre del mismo sexo, tomando al otro por objeto. La relación genital no puede resolver, ella sola, este anhelo profundo del ser (McDougall, 1973/1996, p.154).

Por su parte, Otto Kernberg (2004/2007) asegura que la bisexualidad es un proceso inconsciente que se da en todos los individuos, planteando que las identificaciones que establece el individuo se realizan con ambas figuras parentales y que con ello se configura posteriormente la identidad de género.

En general, hay un dominio predominante de identidad inconsciente con el padre con quien existieron los conflictos más graves en el pasado, independientemente del género de dicho padre. En esta conexión, una bisexualidad inconsciente, que es una identificación inconsciente con ambas figuras parentales, emerge como un determinante crucial de la identidad esencial del género, así como del papel de la identidad de género (Kernberg,2004/2007,p.51).

Esta bisexualidad inconsciente universal, planteada así, comprende la presencia en todos los individuos de las tendencias heterosexuales y homosexuales. A partir de ella se entiende la amplitud de las disposiciones que el individuo tiene para el desarrollo de la sexualidad.

Si asumimos que existe una bisexualidad primitiva inconsciente universal, podemos aceptar también la universalidad de las tendencias homosexuales y heterosexuales. Una hipótesis derivada de esto podría ser que, con base en dicha bisexualidad, los rasgos psicodinámicos, así como los biológicos pueden desplazar la elección objetal en una dirección homosexual o heterosexual o, a falta de una elección objetal determinada, una orientación bisexual (Kernberg, 2004/2007, p. 52).

A pesar de afirmar que la bisexualidad es universal en el individuo, Kernberg explica que no existe una identidad de género bisexual, ya que para él la bisexualidad hace referencia a la elección de objeto que el individuo hace y no señala ausencia de claridad en el género, o sea en la definición de lo masculino o femenino.

Para Jacques André, la bisexualidad "En la realidad puede organizar la vida sexual del sujeto, porque alternaría las relaciones con uno o el otro sexo. Más comúnmente, se encontrará dentro de la pareja: la elección del objeto heterosexual/homosexual inconsciente" (André,1994/2000, p.121).

En la adolescencia cuando las pulsiones infantiles se intensifican, se presentan frecuentemente amistades de alta cercanía con el mismo sexo. Este tipo de acercamientos es más fácilmente aceptado por las mujeres, así como la conformación de grupos femeninos, a pesar de la intensidad en las rivalidades. Un encuentro sexual entre mujeres puede calmar la angustia de la pérdida del amor del objeto, en cambio en el caso del varón este tipo de encuentros podrían significar un acercamiento a la feminidad, estar en una posición pasiva.

Es en la adolescencia cuando las dudas de la sexualidad infantil se reavivan por la irrupción pulsional. La evidencia del balanceo libidinal queda demostrada: "transferencias homosexuales y amistades excesivamente fuertes con tintes de sensualidad, son cosas por lo general ordinarias en el caso de uno y otro sexo, en los primeros años que siguen a la pubertad (Andre,1994-2000, p.121).

Sobre este tema otro autor hace referencia sobre lo que se nombra como amistades particulares, que pueden darse de manera frecuente entre los adolescentes.

El instinto sexual despierta, la necesidad de amar y de ser amado se hace imperiosa. Por lo general, el adolescente no establece ninguna relación consciente entre los sentimientos tiernos o apasionados que experimenta por su amigo y los sueños y deseos "impuros" que por otra parte lo asaltan. Recordamos la teoría de la "libido" que nos ha parecido la más ajustada a la realidad psicológica: la energía afectiva es en sí misma indiferenciada, capaz de desembocar tanto en la amistad como en el amor erótico. Solo hacia el final de la adolescencia, cuando la sexualidad ha alcanzado suficiente madurez, una parte más o menos importante de la libido, según

los individuos, toma un colorido netamente erótico. En las amistades entre adolescentes reina más bien la confusión, tanto mayor cuanto menor es la toma de conciencia de las realidades propiamente sexuales (Lepp, 1965/1976, p.63).

Este tipo de amistades puede que se normalice posteriormente, pues se encuentra en estas una forma para satisfacer muchas de las curiosidades que se experimentan y no tiene que conducir específicamente a una satisfacción erótica. Entre ambos sexos puede existir el riesgo que en estas amistades queden anclados en el narcisismo en pareja, por lo que es importante según este autor la integración a diversos grupos.

Ocurre que los amigos adolescentes conceden mucho lugar en sus conversaciones a lo erótico, y a veces hasta "se miran" y "se tocan". Sin embargo, la búsqueda de placer tiene en esto mucho menos lugar que la satisfacción de una curiosidad al fin y al cabo perfectamente normal a esa edad. Solo ocasionalmente, casi por azar, puede la satisfacción de esta curiosidad conducir a una satisfacción propiamente erótica. En todo caso, de una manera casi general, esta especie de amistad demasiado exclusiva y más o menos equívoca, entre jóvenes, se normalizará sin dificultades casi sin dejar traumatismos, en cuanto uno u otro o ambos amigos hayan alcanzado el grado de madurez afectiva suficiente para estar en condiciones de amar en el sentido propiamente erótico (Lepp, 1965/1976, p.64).

Blos plantea los dos tiempos del complejo de Edipo; el segundo tiempo es donde se elabora la parte negativa, del amor al progenitor del mismo sexo. Ambos tiempos influyen en la elección del objeto de amor y en la estructuración de la identidad sexual del individuo. La bisexualidad es soportada en la infancia, ya que el sexo del progenitor no genera malestar para amarlo; en la adolescencia, en cambio, llega a tornarse insoportable amar a alguno de los progenitores.

Según mi experiencia, junto al empeño del adolescente por alcanzar su identidad heterosexual, debemos tener en cuenta un elemento defensivo intrínseco que procura mantener en la represión el conflicto del amor edípico negativo. A esta maniobra del adolescente la he llamado la "defensa edípica" (Blos, 1978/1981, p.387).

La disolución del complejo de Edipo negativo es importante, para conseguir acuerdos con los componentes homosexuales que lo caracterizan y a través de ello alcanzar la identidad sexual. En síntesis, la resolución del amor y de la libido puesta en el progenitor del mismo sexo posibilita alcanzar una identidad sexual definitiva.

El rechazo que pueden experimentar algunos adolescentes por la homosexualidad o bisexualidad pueden indicar las angustias que experimentan sobre sus pulsiones y deseos, que están dirigidas hacia los progenitores y que se reactivaron nuevamente.

2.6 Individuación y Edipo negativo

De acuerdo con Blos, para alcanzar la identidad sexual se debe elaborar el Edipo negativo, como lo había nombrado Freud, que se caracteriza por la elaboración del amor hacia el padre del mismo sexo; esta labor la ubicó principalmente en la adolescencia, ya que amor al padre del sexo opuesto, es la que se elabora en la infancia.

Las identificaciones se caracterizan por movimientos regresivos y progresivos, que favorecen para darse una organización psíquica estructurada; sin embargo, cuando los movimientos regresivos tienen mayor prevalencia, el efecto que generan es la desintegración de ciertas identificaciones primarias que se habían establecido, alterando la organización psíquica y retornando a formas arcaicas de identificación.

Esto se puede observar en el periodo de la adolescencia, cuando para llegar a una segunda individuación, como lo menciona Blos (1967-1981), se hace una regresión a estados y situaciones vivenciadas en la infancia para reelaborarlas y poder seguir el curso del desarrollo. Por ejemplo, los vínculos familiares de dependencia que deben limitarse en este periodo, al no saber manejar esta separación, la ansiedad que experimenta puede llevarlo a aislarse o ser explosivos en la expresión de sus emociones, algo que hasta el momento podían manejar.

Hablamos de identificaciones en el seno de un movimiento regresivo y de identificaciones progresivas. Por efecto de estas últimas se lograría un desarrollo y una organización psíquicos más complejos y maduros. Las identificaciones regresivas implican el hecho de deshacer identificaciones ya adquiridas; este proceso se acompaña, por lo general, de una desintegración de la organización

psíquica con el consiguiente surgimiento de modalidades más arcaicas de identificación (Korman, 1977, p.18).

En este punto se puede señalar como el proceso de individuación, donde se da un desprendimiento de los vínculos establecidos con las figuras edípicas, favorece para la individualización y el establecimiento de una identidad propia; las identificaciones primarias establecidas en un primer momento de la vida, se modifican y reorganizan con las identificaciones secundarias que favorecen para definir una identidad propia, especialmente la orientación sexual de individuo.

Knobel describe la identificación como un proceso que inicia en la infancia, cuando se incorporan al self las imágenes parentales buenas y malas; estas son las que permiten al adolescente soportar y manejar los cambios que se producen cuando está estructurando su personalidad e identidad.

Este autor opina que, para la conformación de la identidad definitiva, es necesario que se elaboren varios duelos relacionados con la infancia; el cuerpo infantil que se pierde, los vínculos de dependencia establecidos con los padres y el del lugar que ocupaban siendo niños.

El proceso de duelo que se efectúa, como todo proceso de duelo, necesita tiempo para ser realmente elaborado y no tener las características de una actuación de tipo maníaco o psicopático, lo que explica que el verdadero proceso de entrar y salir de la adolescencia sea tan largo y no siempre plenamente logrado (Knobel, 1970/1999, p.57).

Para los procesos identificatorios del adolescente, las relaciones que establece a nivel grupal son de mayor importancia que las familiares, ya que en el grupo se depositan las dependencias depositadas en la familia, proceso que favorece para alcanzar una identidad adulta.

Las subculturas que son características de la adolescencia, las considera Knobel como identificaciones masivas, como defensas yoicas mediante las cuales se va dando un desprendimiento de situaciones infantiles, facilitando el ingreso a la cultura adulta, con herramientas diferentes a las que sus padres le habían proporcionado hasta el momento.

Knobel también llama la atención sobre las identificaciones proyectivas, que se realizan con figuras idealizadas extra-familiares, tales como actores, deportistas, entre otros. Con ellas garantiza continuidad y seguridad para mantener su propia existencia y la de los padres infantiles interiorizados. Estas son necesarias porque brindan al adolescente elementos significativos para la constitución de su personalidad, diferenciada de la de sus padres.

Las primeras identificaciones que establece el niño en el medio donde interactúa, son las que posibilitan que se haga nuevas identificaciones con otras figuras y que acepte identificaciones parciales con aspectos socioculturales. Define las primeras identificaciones como aquellas necesarias para la constitución de otras instancias psíquicas, aunque se centra más en el Superyó, afirmando que se da por la intervención de los padres en los procesos identificatorios.

Las primeras identificaciones son las que se hacen con las figuras parentales, pero no hay duda alguna de que el medio en que se vive determina nuevas posibilidades de identificación, futuras aceptaciones de identificaciones parciales e incorporación de una gran cantidad de pautas socioculturales y económicas que no es posible minimizar. La ulterior aceptación de la identidad está forzosamente determinada por un condicionamiento entre individuo y medio que es preciso reconocer (Knobel, 1970/1999, p.89).

2.7 Teorías contemporáneas sobre el género

Diversos autores psicoanalíticos difieren respecto a los postulados y conceptos de Freud relacionados con los comportamientos sexuales y el desarrollo de la sexualidad del hombre y la mujer, específicamente con los referidos a la manera de alcanzar la feminidad y la masculinidad.

Muchos años después de Freud, todavía en áreas como la biología, la psicología y la sociología, entre otras, se presentaba poco interés³ por conocer el origen y desarrollo de las diferencias entre lo masculino y femenino, ya que se las asumía como algo determinado por la naturaleza y factores biológicos.

³ Según referencia Person y Ovesey (1983) *Las teorías psicoanalíticas de la identidad de género*

El psicoanálisis fue una de las primeras disciplinas que buscó responder este tipo de cuestiones. Después de Freud, otros autores más recientes han continuado el estudio de la feminidad y masculinidad, desarrollando según sus intereses, aspectos específicos para explicar de qué manera se establecen dichas identidades y como la adolescencia tiene un lugar relevante en estos procesos.

El término de género se propuso por primera vez para denotar ciertas diferencias significativas respecto al sexo, ya que se pensaba que la masculinidad y feminidad se determinaban por factores anatómicos y los comportamientos asociados a ellos (Money, Hampson & Hampson, 1955a, citado por Money, 1973, p. 397).

Luego que este término fuera introducido por Money y utilizado en diversas áreas para hacer alusiones a la identidad sexual; se introdujeron también los términos de *rol de género e identidad de género*.

Se concluye que las acciones y comportamientos que un individuo tiene para denominarse como hombre o mujer, es lo que se puede denominar como rol de género, o sea lo observable. Por otro lado, la identidad de género se asocia con lo que se desarrolla en un plano psíquico y es construido como evidencia subjetiva de pertenecer a una u otra de esas categorías.

El rol queda asociado a la mirada y percepción que el otro tiene, es lo público y evidente de la identidad que el individuo construye y establece para sí (Money, 1973, p.398).

La introducción del término “género” diferenciado del de “sexo”, favoreció para hacer distinciones sobre la masculinidad y feminidad.

Posteriormente Person y Ovesey (1983), proponen que “rol de género” se considere como “identidad de rol de género”. Esta última se basa en el cuerpo, el yo, las relaciones de objeto (sin diferenciar el sexo de este); alcanzarla es considerado un logro psíquico que, después de pasar por ciertos conflictos significativos en la adolescencia.

Person y Ovesey (1983) agregan que las primeras relaciones del individuo tienen un papel predominante en la adquisición de características consideradas femeninas o masculinas, así como las identificaciones. Concluyen que el género es el encargado de organizar la sexualidad y no de manera contraria como se podía pensar hasta ese momento.

Las primeras relaciones de objeto son diferentes en los dos sexos e influyen decisivamente en ciertos atributos de la feminidad y la masculinidad. Estos operan en esas identificaciones y fantasías preedípicas que surgen tan pronto como el niño se ha diferenciado del objeto. *En este sentido, “se puede decir que el género precede a la sexualidad en el desarrollo y organiza a la sexualidad, no al revés* (Person y Ovesey, 1983, p.221).

Por otro lado, Laplanche, desde el inicio de su obra establece claras diferencias entre el género y el sexo. Propone usar el “sexo” para referirse a características físicas y psíquicas relacionadas con la obtención del placer sexual; mientras que “género” se refiere a características físicas y psíquicas, asociadas a la distinción entre lo femenino y masculino.

El autor entiende el género desde lo social, comprende categoría que se le asigna al niño desde el exterior, y que es interpretada por este. El género es una categoría social, que se materializa en los múltiples mensajes que el niño recibe del exterior; por lo que el género no es una simple interiorización de lo que se recibe, como se explica desde la sociología. En este punto Laplanche se diferencia de los postulados de Person y Ovesey, quienes afirman que el género termina es una categoría social que se le impone al niño, y no reconocen las acciones que él puede ejercer sobre esto.

La tesis de Person y Ovesey, según la cual el género precede a la sexualidad y la organiza en otro sentido, es criticada por Laplanche, quien afirma que el sexo es el que da una organización al género, dándole así un lugar diferente al género con relación al sexo.

En la determinación del género, para Laplanche es esencial tener en cuenta los mensajes de asignación, conformados por diferentes comportamientos y el lenguaje utilizado por los adultos sobre las disposiciones que se espera que el niño asuma y reproduzca socialmente.

Otto Kernberg reconoce la influencia en la determinación del género, de aspectos biológicos, anatómicos, neurohormonales y algunos comportamientos innatos del individuo, que intervienen genéticamente. Sin desconocer que el género recibe una alta influencia de la cultura, ya que están establecidos y estructurados rasgos dominantes que se asocian a lo femenino o masculino.

La identidad y el rol, son construcciones que no solo se establecen por la influencia del exterior y de la cultura que clasifican y determinan comportamientos asociados a lo femenino o

masculino, sino que también, como lo plantea Laplanche, el individuo lleva a cabo procesos psíquicos para la interpretación de todos los mensajes externos recibidos y poder determinar su identidad posteriormente.

En la determinación del género entra en juego no solo la influencia cultural sobre el comportamiento que debe tener el individuo, sino las interpretaciones que el individuo logra hacer de esos mensajes de asignación para apropiarse o no del su género. La feminidad y masculinidad son categorías sociales, pero la manera como el individuo las asume es lo que se podría denominar identidad de género.

En el abordaje que Freud le da a la masculinidad y feminidad, se evidencian algunos aspectos inconclusos sobre el desarrollo y la constitución de las mismas. Es en el marco del complejo de Edipo, que reconoce la intervención de procesos significativos en la conformación de la identidad sexual en la adolescencia.

Freud creía que la reacción al descubrimiento de la distinción sexual era decisiva no solo para el desarrollo sexual femenino, sino también para el desarrollo de los rasgos de personalidad que asociaba con la feminidad: pasividad, masoquismo y narcisismo (Person y Ovesey, 1983, p. 208).

Freud, concluye que lo masculino es un rechazo directo a la pasividad, por el peligro que esta genera de ser castrado; la masculinidad coincide con el sujeto activo y la feminidad con ser un objeto pasivo.

Sucede que a partir de entonces "muchachos" y "chicas" disponen de las cartas del juego: situándose en la vertiente sujeto-activo-pene, están conminados a afiliarse a lo masculino – es el muchacho "sin ambages" o la chica que se toma por un muchacho; o en la vertiente femenina (objeto-pasivo) que se realiza por el lado del muchacho por la feminización y en la chica en la función de acogida o de alojamiento vaginal del pene. Esto aclara lo que, para uno y otro sexo, se pone en juego en la primera relación sexual (Assoun, 2005/2006, p.45).

Assoun, afirma que en la adolescencia se reactivan las fantasías inconscientes incestuosas, dándose una mayor posibilidad del incesto, por lo que se activan mecanismos de defensa, como el desasimiento de la ternura que había sido depositada en los objetos parentales.

La pubertad marca "el ascenso de una corriente erótica que ya no desconoce sus objetivos". Más allá de la barrera del incesto, se trata de la búsqueda de objetos ajenos. Es también el momento de la fijación de los fantasmas inconscientes incestuosos. Para evitar esta "incestuosidad" interviene la degradación psíquica del objeto sexual, medio de protección principal (preservativo psíquico), que libera la ternura por los objetos (Assoun, 2005/2006, p. 47).

Afirma que alcanzar la feminidad o masculinidad son procesos disimétricos en la niña y el niño; además describe la infancia como un periodo en el que estas "identidades" no se pueden demarcar tajantemente, pues en los dos sexos se evidencian ambas disposiciones. Será la incidencia de otros elementos en la pubertad los que determinarán lo femenino o lo masculino.

Otros autores coinciden que la feminidad y masculinidad se establecen antes de la fase fálica, centrándose en eventos previos al complejo de Edipo para que haga su aparición, además de afirmar que son condiciones sexuales innatas.

Horney y Jones (1935) coincidieron al postular que la feminidad es una condición primaria, sin ser un derivado de la masculinidad como previamente había planteado Freud. Según estos autores lo femenino y masculino se establece antes de que se tenga idea de la diferencia de los sexos, pues ambos son caracteres innatos; diferenciándose así fundamentalmente de la concepción freudiana.

Lo anatómico para Horney y Jones tiene una gran influencia en la constitución de la identidad sexual, sin embargo, ellos también encuentran ciertas dificultades para explicar el desarrollo de la feminidad, al igual que lo planteaba Freud en *Tres ensayos de la Teoría Sexual* (1905c).

Otro autor que hace referencia sobre el origen de la feminidad es Stoller (1968-1983), quien desarrolló el término *protofeminidad*, el cual hace referencia a la identificación que tanto el niño como niña tienen hacia la madre en un primer momento de la vida; esta sería la base para el establecimiento de la identidad posterior, ubicándolo como un evento previo al Edipo.

La feminidad es lo originario en el individuo y no la masculinidad, de allí plantea que el niño deba desidentificarse de la madre para alcanzar la masculinidad. Su teoría la sustentaba a través de estudios realizados a transexuales, en quienes encontraba procesos de identificación importantes con la madre (Person y Ovesey, 1983).

la identificación con el padre del mismo sexo, que son esenciales para determinar la creciente complejidad de la identidad sexual. Nuestra adscripción solo se ocupa de la primera fase del desarrollo de esa identidad, que produce una identidad sexual nuclear. En casi todas las personas este núcleo se reduce a una inmovible convicción de ser un varón o una mujer. Esta convicción se establece hacia los dos o tres años de edad (Stoller, 1965, p.42).

Según Stoller, para definir la identidad sexual se debe tener en cuenta tres factores: la actitud de los padres (cultura), los órganos genitales externos y una "fuerza biológica" que impulsa al varón a la masculinidad y a la mujer a su feminidad.

no es posible explicar el abrumador rechazo de su sexo de educación por el niño, por la existencia de efectos educativos que incluyen los muy sutiles del proceso de identificación, de las identidades sexuales de los padres y de la secreta tolerancia de algunos padres de los impulsos hacia la identificación sexual opuesta. Los cambios sexuales secundarios de la adolescencia revelan por primera vez la existencia de fuerzas biológicas que concuerdan enteramente con la insistencia del niño en actuar como si fuera un miembro del sexo opuesto (Stoller, 1965, p.43-44).

Plantea que entre menos establecida esté la identidad sexual en un inicio de la vida, habrá una mayor fuerza para que el individuo haga una identificación con el sexo opuesto. Cuando la identidad nuclear que se establece en un primer momento de la vida, no está configurada totalmente, es que posteriormente se pueden dar identificaciones con el sexo opuesto asignado; se presenta una alta influencia de los mensajes que se recibe del exterior.

Cuanto más temprano sea el momento de la vida del niño en que se introduce la incertidumbre en la identidad sexual, más intensos serán los impulsos

recién aludidos. Cuando ha sido afectada la identidad sexual nuclear de una persona, esta puede no saber bien a qué sexo pertenece (Stoller, 1965, p.45).

Los intensos impulsos que experimentan algunos para identificarse con el sexo opuesto, generan que se intente cambiar el sexo al que fueron adscritos; quienes no realizan este cambio, los impulsos que experimentan para hacerlo, se quedan en sus fantasías y en forma de defensas contra estos deseos.

Laplanche puede ir en la misma línea de Stoller, cuando habla de la implantación del género desde el exterior por la influencia que tiene para determinar la identidad sexual; sin embargo, no considera que sean factores innatos como lo han planteado otros autores.

Laplanche considera que la identificación primaria que el niño establece sobre el adulto no es un proceso natural, sino que se produce por la influencia de los mensajes que este le transmite al niño; estos mensajes que se reciben en la infancia son los de mayor influencia para la conformación del género.

Laplanche integra lo social con lo psíquico, afirmando que a través de los mensajes de asignación de género que el otro transmite al niño, se filtran mensajes inconscientes que imponen al niño un trabajo psíquico para instaurar su identidad.

Un padre puede asignar conscientemente a su vástago el género masculino pero haber deseado que fuera niña, incluso haber deseado inconscientemente penetrar a una niña. Se trata de un dominio finalmente muy poco explorado, éste de la relación inconsciente de los padres con sus hijos; y pienso que no solo infiltra los mensajes corporales, los primeros mensajes generalmente maternos (aunque no necesariamente solo maternos). Esos deseos inconscientes también vienen a infiltrar la asignación del género (Laplanche, 2003/2006, p.14).

Kernberg afirma que el comportamiento sexual, para determinarlo interfieren cuatro componentes, sin embargo, estos dificultan el estudio de la homosexualidad y bisexualidad; la intensidad del deseo sexual, la esencia de la identidad de género, el papel que desempeña la identidad de género y la elección objetal.

la intensidad del deseo sexual, que está controlado, básicamente, por el nivel de testosterona en ambos géneros; no obstante, las disposiciones psicodinámicas complejas pueden inhibir el deseo sexual de modo radical, incluso, en presencia de funciones biológicas absolutamente normales. En segundo lugar, está la esencia de la identidad del género, que refleja tanto el sentido subjetivo de ser masculino o femenino y la experiencia de ser identificado por la sociedad como parte de uno u otro género... El tercer aspecto tiene que ver con que el papel que desempeña la identidad de género (la representación de los papeles masculino y femenino) es, sobre todo, producto de factores sociales y culturales, aunque también hasta cierto punto de factores biológicos, particularmente la presencia o la ausencia de testosterona...El cuarto componente es la elección objetal, el aspecto más crucial de todas las discusiones que tienen que ver con la homosexualidad (Kernberg 2004/2007,pp. 50-51).

La identificación inconsciente que el individuo establece con el padre o la madre, o sea con las imágenes paterna y materna, sin embargo, estos suelen ser variables y dinámicos. Para alcanzar la masculinidad y feminidad, influyen mucho los componentes biológicos y culturales, los cuales generalmente son estables y permanentes.

El género que tiene el objeto de deseo que se elige en la infancia, es fundamental para definir la heterosexualidad, homosexualidad o bisexualidad. En la teoría de las relaciones objetales, se asegura que estas se determinan paralelamente con la identidad esencial de género, es decir, que no son procesos separados.

En segundo lugar, está la esencia de la identidad del género, que refleja tanto el sentido subjetivo de ser masculino o femenino y la experiencia de ser identificado por la sociedad como parte de uno u otro género. La identidad esencial de un género empieza con la asignación del sexo” (Kernberg 2004/2007,p. 50).

Al igual que Laplanche y Stoller, este autor habla de la influencia de factores culturales para el establecimiento de la identidad sexual, parte esencialmente de la asignación que el otro hace sobre el individuo, sin embargo, no desconoce la influencia de otros factores.

2.8 Síntesis y discusión

La identidad en general y los diferentes caminos por los que se conforma la masculinidad y femineidad dependen, según Freud y varios postfreudianos, de los procesos de identificación.

La identidad según como lo plantea Francois Ladame es un sentimiento consciente, que tiene relación con las identificaciones inconscientes que ha establecido el individuo, siendo un reflejo de la representación del "self" (sí mismo).

Las identificaciones se proponen para explicar, sobre todo, aspectos del yo: como agencia subjetiva y como órgano de funciones. Se entiende entonces que el Yo que es la instancia resultante de las identificaciones, según lo planteaba Freud.

Freud inicialmente plantea la identificación como un mecanismo primitivo para la ligazón afectiva con el otro, como una operación que favorece el establecimiento de relaciones, que permite reconocer elementos similares en los otros, y tener con ellos una mayor cercanía.

La identificación es una operación con la que el sujeto toma aspectos del otro para asimilarlos para sí, relacionándose así con la construcción de la personalidad. El proceso identificatorio entonces no toma a la persona como tal para interiorizarla, sino a las representaciones que el sujeto crea de esta. El proceso, además, tiene sus inicios en la infancia, cuando se interiorizan al Self imágenes parentales positivas y negativas.

Estas identificaciones favorecen la estructuración psíquica del sujeto y son cruciales en la adolescencia, como la plantea Blos. En su opinión de este psicoanalista las identificaciones establecidas en la infancia no son permanentes y estáticas, por cuanto operan movimientos retroactivos, que toman elementos del pasado ya interiorizados para actualizarlos.

Las identificaciones inicialmente se clasificaron en primarias y secundarias, pero dependiendo del autor se han nombrado de otras maneras. Por ejemplo, Korman denomina las identificaciones primarias como "estructurantes" y permanentes; las secundarias son las encargadas de remodelar la estructura ya establecida, para establecer una identidad definitiva.

La identificación primaria se suele relacionar con la constitución del Ideal del Yo, mientras que las identificaciones secundarias se ajustan al modelo de las identificaciones melancólicas,

en las que se interioriza en el Yo el objeto que se ha perdido. Las identificaciones secundarias, se presentan en el curso de la crisis edípica, y son semejantes a las identificaciones histéricas, en las cuales se toman algunas características del objeto para sí y no a este totalmente.

Knobel menciona las identificaciones proyectivas y las considera necesarias para que el adolescente establezca relaciones extrafamiliares con otros objetos que se idealizan, lo cual favorece el mantenimiento de la seguridad que estaba depositada en los padres y no se pierda totalmente.

Bleichmar asocia las identificaciones primarias con la conformación del Yo ideal, el cual genera la tendencia a alcanzar su perfección, o a interiorizar las características del objeto que se estiman perfectas. También habla de la conformación del Ideal del Yo, asociándola a las identificaciones secundarias que se establecen con una figura externa, en la que se ven rasgos que se desearía tener, pero sin necesidad de interiorizar completamente el objeto.

Por otra parte, la bisexualidad es también una condición necesaria para el establecimiento de las identificaciones con cada progenitor. Es considerada como algo universal por autores como Joyce McDougall, Otto Kernberg y Peter Blos, pero la bisexualidad no interviene de manera directa para el establecimiento de la identidad sexual, aunque posibilita las relaciones de amor y odio con ambos progenitores, sin importar el sexo de estos.

En Freud se insinúa que la manera como se resuelve el complejo de Edipo, define la orientación sexual que asumirá posteriormente el sujeto. Pero Blos plantea que para alcanzar la identidad sexual es importante que en la adolescencia se elabore el Edipo negativo, para resolver el amor hacia el progenitor del mismo sexo. En cambio, para Knobel para alcanzar esta identidad, es necesario que el adolescente elabore varios duelos: el del cuerpo de niño, el de las relaciones de dependencia con los padres y el de su anterior posición infantil.

Al hablar de la identidad sexual se hace referencia a la masculinidad y feminidad, actualmente conocida como identidad de género, término que fue postulado inicialmente por Money, para quien la identidad de género se construye en un plano psíquico como evidencia subjetiva de pertenecer a una u otra categoría. En cambio, el rol de género está constituido por las actitudes y comportamientos que el individuo ajusta o elige para que sean acordes a su categoría de hombre o mujer.

Person y Ovesey consideran que alcanzar la identidad sexual es un logro psíquico, afirman que el género es el encargado de organizar la sexualidad y que las primeras relaciones del individuo tienen un papel predominante en la adquisición de características consideradas femeninas o masculinas. En cambio, Laplanche se refiere al “sexo” como a aquello asociado a características físicas y psíquicas relacionadas con la obtención del placer sexual, y define al “género” como las características físicas y psíquicas asociadas a la distinción entre lo femenino y masculino. Laplanche precisa que el género es una categoría social, pero que se transmite al niño a través de los mensajes “comprometidos” recibidos de los adultos, pero los cuales el niño debe “metabolizar”. Por esta razón el género no se reduce a una simple interiorización de lo que se recibe del medio social. Otto Kernberg también tiene una idea similar sobre el género y su implantación desde la cultura.

Horney y Jones, autores más cercanos a la época de Freud, plantearon la feminidad y la masculinidad como condiciones innatas del ser humano, por lo cual el reconocer la diferencia anatómica de sexos no altera alguna de estas condiciones como lo planteaba Freud. En cambio, Stoller plantea que la condición primera es la *protofeminidad*, por cuanto tanto el niño como la niña se identifican con la madre en un primer momento de la vida. Determina así que la feminidad es lo originario en el individuo y no la masculinidad. De allí que plantea que el niño deba desidentificarse de la madre para alcanzar la masculinidad. Contrario a la teoría freudiana, que hasta cierto punto había planteado que la masculinidad era lo innato en el sujeto.

3. Tareas adolescentes en torno a la sexualidad

3.1 Asunción de la genitalidad, remoción de lo infantil

3.1.1 Nuevas defensas frente al incremento pulsional

Una de las tareas atribuidas a la adolescencia, tiene relación con el cambio que se produce en la fuerza que toman las pulsiones sexuales, ya que en la latencia habían estado dirigidas hacia fines no sexuales y eran manejables por el niño. Adicional a esto se producen cambios en el cuerpo y en las funciones genitales, que resultan inesperados para el adolescente.

También se dan variaciones en el carácter y el comportamiento, y alteraciones en las funciones del Yo, que antes daban equilibrio a la vida anímica.

Los cambios y transformaciones en las instancias psíquicas, comenzando por la reestructuración del Yo, son atribuidos por A. Freud (1936) a la entrada intempestiva de la sexualidad en la adolescencia. Dichos cambios obligan a buscar una respuesta efectiva al incremento de las pulsiones que exigen su satisfacción y a los deseos Edípicos que hacen su aparición nuevamente.

Debido a esta nueva situación pulsional entran a operar algunos mecanismos de defensa que no se habían presentado antes, como el ascetismo, que busca una renuncia total a cualquier tipo de satisfacción o de manera contraria, y ocasionalmente, se da una entrega desenfrenada a la satisfacción. También suele presentarse la intelectualización, la cual es utilizada para estar vigilante frente a todos los movimientos de la libido. Por último, aparecen formas primitivas de relación, con las cuales se buscan adquirir elementos característicos del objeto más que realizar su apropiación.

3.1.2 La masturbación

Por otro lado, las modificaciones en la genitalidad, enfrentan al adolescente a una sexualidad que no experimentaba en la infancia; con el fin de acercarse a ella utiliza varios recursos, entre ellos la masturbación, que aunque se presentaba en la infancia, ahora tiene otros fines.

Sobre la masturbación se han dado posturas contrapuestas. Para algunos autores representa un riesgo de establecer fijaciones a la sexualidad infantil, e inducir regresiones que dificulten la progresión hacia la sexualidad adulta. Otros, en cambio, consideran la masturbación como beneficiosa, en razón de la conexión que establece entre las fantasías infantiles y la vida genital adulta.

el principal peligro de la masturbación radica en que ésta puede consolidar fijaciones sexuales infantiles. Los placeres que proporciona la masturbación, según creen, dificultan el retorno desde la fantasía a la realidad. Por otro lado, algunos psicoanalistas, en especial los que han investigado el tema del narcisismo adolescente, tienden a pensar que la práctica de la masturbación por parte de varones y niñas adolescentes es potencialmente beneficiosa (Kaplan, 1984/2004, p.170).

La masturbación es utilizada en la adolescencia para relacionar las fantasías asociadas a la sexualidad infantil con la realidad genital que se está atravesando. Esta práctica se da con mayor frecuencia y facilidad en el varón, que en la mujer; cuando es algo regular en una mujer, suele estar asociada a la dificultad de renunciar a la bisexualidad y a una posición sexual activo-masculina.

De acuerdo con Kaplan, el adolescente lucha contra la masturbación para no dejarse dominar por los impulsos sexuales que lo dominan; tratan de tener control sobre lo genital, aunque esto les genera una alta tensión y frustración. Las prácticas sexuales, las fantasías y la asunción de la genitalidad no se presentan paralelamente en hombres y mujeres, sino que son procesos diferenciados.

Para asumir la sexualidad genital, el adolescente debe abandonar los vínculos infantiles de dependencia hacia las primeras figuras, para que se asuma a sí mismo diferenciado de su núcleo familiar, como un adulto.

La reactivación de la sexualidad en la adolescencia, favorece el abandono del amor hacia los padres edípicos y la transformación del amor por el progenitor del mismo sexo. El cambio que se debe producir en cuanto a la dirección de la carga libidinal hacia otro objeto, es un proceso singular y no una simple transferencia de amor parental hacia un objeto externo.

A este respecto, los problemas sexuales y morales decisivos consisten en preservar los lazos afectuosos y tiernos con el progenitor del mismo sexo, eliminar el erotismo de las pasiones vinculadas a éste, transferirlas a otro destinatario, y humanizar la exaltada idealización que se hizo de ese progenitor. Estos aspectos no pueden resolverse transfiriendo, simplemente, las atribuciones eróticas y narcisistas a una relación con una persona del mismo sexo que esté exenta del tabú del incesto (Kaplan, 1984/2004, p. 142).

Con la masturbación, los placeres preliminares que estaban dispersos para fines diferentes en la infancia, durante la adolescencia se subordinan a los órganos genitales, encargados de la descarga, de los que se obtendrán una satisfacción completa. Las fantasías que se integran con la masturbación, contienen aspectos relacionados con los placeres preliminares, los cuales generan una mayor satisfacción al estar puestos en objetos exogámicos.

Mauricio Knobel (1970/1999) opina que la masturbación es una forma de experimentar y acercarse a la sexualidad, que ella ayuda a elaborar los vínculos edípicos y los duelos, para prepararse a la futura genitalidad procreativa. Los cambios corporales imponen de manera directa al adolescente la genitalidad y los nuevos fines de esta; estos lo obligan a iniciar un proceso de duelo por el cuerpo infantil que se pierde.

De acuerdo con lo que estoy exponiendo, la masturbación es primero una experiencia lúdica en la cual las fantasías edípicas son manejadas solitariamente, intentando descargar la agresividad mezclada de erotismo a través de la misma, y aceptando la condición de tercero excluido. Es, además del intento maniaco de negar la pérdida de la bisexualidad, parte del proceso de duelo normal de la adolescencia. Lo lúdico y preparatorio de la infancia y la niñez se modifica en la pubertad y en la adolescencia. Aquí, la madurez genital, al dar al sujeto la capacidad de unión en un nivel genital, y al otorgarle su capacidad procreativa, hace que las fantasías incestuosas se incrementen lo mismo que la frustración, puesto que el individuo ya posee el instrumento efector de la genitalidad, el cual sin embargo aún no puede usar (por restricciones socioculturales (Knobel, 1970/1999, pp.85-86).

McDougall relaciona la masturbación con el ideal de recobrar la ilusión bisexual, en la que se era uno con el primer objeto de amor. Relacionándolo en la adolescencia como una forma de integrar las fantasías experimentadas en la infancia con las posibilidades que tiene con la sexualidad en este periodo.

La otra, la que realiza por excelencia la ilusión bisexual en la vida erótica, es la masturbación. De ella, en tanto acto creador cuyo objetivo sirve a los deseos narcisistas de naturaleza bisexual, hablaré a continuación...Subrayo la idea de un "proceso" para indicar que la masturbación representa un acto y una fantasía, y que los dos pueden separarse y encontrar destinos diferentes en la psique. En cuanto a la ilusión bisexual, aunque la fantasía contradiga toda posibilidad de un argumento con personajes de ambos sexos, o aun sin personajes ni siquiera fantasía, existe un hecho irrecusable: el acto masturbatorio recrea en un juego erótico una relación de dos, en donde la mano (o su sustituto) cumple la función, en lo real, del sexo del Otro (McDougall, 1973/1996, pp. 154-155).

La masturbación, según los Laufer, ayuda al Yo en su labor de reorganización frente a la genitalidad, ya que las fantasías de masturbación se convierten en acciones de prueba, que integran lo regresivo con lo que se está por alcanzar en el dominio sexual. Estas fantasías pueden aparecer en la conciencia, pero encubiertas y en muchos casos reprimidas; este proceso sirve para que pensamientos sexuales o gratificaciones, sean clasificados por el Superyó como partes permitidas de la conformación sexual definitiva. La función que los Laufer le reconocen a la masturbación es similar a la que le atribuyen Kaplan (1984/2004) y Knobel (1970/1999), pues la consideran fundamental para el establecimiento e incorporación de la sexualidad.

en la adolescencia la masturbación tiene la función de ayudar al Yo a reorganizarse a sí mismo alrededor de la supremacía de la genitalidad. Esto es normalmente realizado con el uso de la masturbación y las fantasías de masturbación como algo equivalente a una "acción de prueba", es decir, como una actividad autoerótica que ayuda a integrar fantasías regresivas como parte del esfuerzo de alcanzar dominio sexual. Las fantasías edípicas del adolescente son permitidas en la conciencia, pero de forma encubierta, y son entonces normalmente reprimidas (Laufer, 1976/2008 p.301).

El adolescente es poco capaz de controlar y defenderse de los impulsos regresivos que buscan satisfacción, que si se gratifican irían en contra del Yo se invitarían al castigo del Superyó. Esto pone al adolescente frente a grandes dificultades para manejar y controlar lo que experimenta. De manera similar Anna Freud (1935) halla que el Yo en la adolescencia debe buscar alcanzar cierto equilibrio con el Superyó.

3.1.3 La fantasía de masturbación central

El adolescente tiene como una de sus tareas cambiar las relaciones con los objetos edípicos y con el propio cuerpo. Según como se hallan establecido las identificaciones edípicas, podrían determinar cómo serán las relaciones consigo mismo y los demás.

Cuando el complejo de Edipo se concluye, las satisfacciones regresivas son evaluadas por el Superyó y se fija una “fantasía de masturbación central”, en la cual se contendrán las satisfacciones regresivas y las identificaciones sexuales principales.

Con la resolución del complejo edípico, todas las satisfacciones regresivas serán juzgadas por el superyó como aceptables o no. Además, en términos de la orientación sexual futura y la “organización sexual definitiva” de la persona, la resolución del complejo de Edipo fija lo que puede ser mejor descrito como la “fantasía de masturbación central” –la fantasía cuyo contenido contiene las variadas satisfacciones regresivas y las identificaciones sexuales principales. El destino del contenido de esta fantasía es de especial significado en la comprensión del desarrollo normal y patológico en la adolescencia (Laufer, 1976/2008, p.299).

Con el término “fantasía de masturbación central” los Laufer denominan un fenómeno que consideran universal, que no solo hace su aparición en la adolescencia, pues su contenido está presente desde la latencia.

Las reacciones y las actividades autoeróticas que se dan en la infancia tienen relación con estas fantasías, pero su utilización o de la reacción que tenga el Superyó sobre ellas. Con la maduración física que se alcanza en la adolescencia, dichas fantasías adquieren otro sentido y plantean al Yo otro tipo de demandas.

Esta fantasía de masturbación central es, creo, un fenómeno universal, su existencia o poder no depende de si el niño se masturba o no... Aunque las reacciones del niño de la latencia y del preadolescente a esta fantasía y a varias formas de actividad autoerótica son determinadas principalmente por la reacción del superyó, creo que solo con la maduración física de los genitales el contenido de esta fantasía toma un nuevo sentido y hace demandas al Yo que difieren cualitativamente de las más tempranas (Laufer, 1976/2008, pp.299-300).

Las identificaciones edípicas se adecuaban a la etapa de la latencia y preadolescencia, generaban seguridad sobre la manera como se experimentaba y manejaba la sexualidad. Por lo cual los acting-out, frecuentes en la adolescencia, se comprenden como una forma para integrar las fantasías de masturbación central a la realidad.

...las identificaciones edípicas las cuales pudieron haber parecido adecuadas para que el niño en latencia y el preadolescente se sintieran seguros en su rol sexual pueden probar ser inadecuadas cuando se ponen a prueba en el contexto de la genitalidad...[.]...Es mi impresión que muchas de las conductas de acting-out que nosotros asociamos con la adolescencia, y las cuales aceptamos como parte del desarrollo normal, pueden ser comprendidas siendo vistas como un reflejo de los esfuerzos del adolescente por tratar de encontrar nuevas maneras de integrar la fantasía de masturbación central (Laufer, 1976/2008, p.300).

El adolescente debe encontrar formas y objetos para gratificarse que no le generen muchos malestares, puesto que los deseos regresivos no tienen libertad para ser satisfechos con facilidad. Por el contenido de las fantasías centrales de masturbación, puede experimentar de manera continua el peligro de rendirse frente al deseo y lo prohibido, sentimiento que puede sentirse con mayor intensidad por la pasividad frente a estas experiencias.

el adolescente debe tener disponibles algunas maneras adecuadas a su edad para encontrar gratificación y encontrar nuevos objetos. La realidad de tener genitales físicamente maduros significa que los deseos regresivos ya no pueden ser permitidos con la misma libertad que lo eran previamente porque ahora pueden amenazar la organización defensiva y causar la condena del superyó (Laufer, 1976/2008, p. 302).

La actividad y el desarrollo progresivo que el adolescente puede tener sobre la sexualidad, se evidencian por las soluciones de prueba que ejecuta, que le dan una mayor autonomía y control frente a la vivencia de la sexualidad, ubicándolo en el camino de una organización sexual definitiva.

Sin embargo, en este proceso se presentan dificultades a las que el adolescente da algunas soluciones patológicas, debido a la falta de integración con la genitalidad de los cambios producidos y del contenido de las fantasías de masturbación central. Esto genera estados de alta ansiedad y salidas patológicas.

Ahora puede sentir que tiene poca habilidad para defenderse contra ciertos empujes regresivos, los cuales, si se gratifican, pueden ser egodistónicos, y por los cuales puede ser severamente castigado por el Superyó. Para algunos adolescentes la regresión temporaria produce ansiedad aguda debido a su temor de que no puedan ser capaces de reestablecer su nivel de funcionamiento previo; para algunos adolescentes, la regresión temporaria significa permitir en la consciencia esas fantasías y los deseos que la acompañan los cuales representan anormalidad pero que, al mismo tiempo, quisieran gratificar (Laufer, 1976/2008, p. 301).

Cuando se dificulta rechazar el empuje regresivo de los deseos genitales, se convierte en una experiencia abrumadora, pues el empuje pregenital es el que predomina, excluyéndose la masturbación como acción de prueba, lo que significaría que se han rendido frente a estos deseos, y lo llevaría a establecer de forma prematura la organización sexual.

En estos adolescentes, la organización sexual definitiva es establecida prematuramente ya sea debido a que las elecciones no existen o debido a que ven las elecciones como una amenaza adicional a una ya precaria defensa contra una mayor regresión. Lo que observamos entonces, especialmente en adultos jóvenes, es la respuesta patológica al conflicto que existió durante la adolescencia; es como si hubieran aceptado que la genitalidad, con respecto tanto a las relaciones objetales y la gratificación, o bien no pueden o no deben ser alcanzadas... Pienso que tal aceptación significa la rendición del cuerpo a la madre; es como si este joven adulto se rindiera genitalmente con el fin de evitar el ataque del padre edípico, mientras que al mismo

tiempo ofrece su cuerpo pregenital a la madre quien primero cuidara de él. Los signos que apuntan a este resultado existen bien antes de la adultez joven, pero es usualmente solo para el final de la adolescencia que la solución patológica es consolidada en el carácter de la persona (Laufer, 1976/2008 p. 303).

3.1.4 La integración de la imagen del cuerpo

Los Laufer acuñan también el término “breakdown” o colapso, para designar algunos fenómenos asociados a la actividad sexual durante la adolescencia. La patología del “colapso” se presenta en el proceso de integración de la imagen del cuerpo maduro como una parte de la representación de uno mismo.

la patología adolescente puede ser definida como un colapso en el proceso de integrar la imagen del cuerpo físicamente maduro como parte de la representación de uno mismo. Cualesquiera que sean los ingredientes que contribuyen a este colapso (preedípicos, edípicos o preadolescentes), el componente esencial de la patología adolescente puede ser entendido como un colapso en el desarrollo evolutivo {developmental process} cuya función primaria o quizás específica, es la de establecer la identidad sexual de la persona (Laufer, 1984/1988, p.182).

Al final de la adolescencia, se deberá tener, inconscientemente, la habilidad para vivenciar las decepciones edípicas, caracterizadas por los celos y envidia a los padres. Además, reconocer el deseo edípico y la demanda irrealizable de la perfección, y terminar simbólicamente con las ideas asociadas a ellos, para reclamar la genitalidad como derecho que los padres edípicos le dieron, y así alcanzar la posesión del propio cuerpo.

3.1.5 Formas patológicas de la remoción

Algunas formas y salidas que el adolescente encuentra a las dificultades en este proceso son la homosexualidad, el travestismo o el fetichismo, que simbolizan las dificultades para desprenderse de las figuras edípicas.

Kaplan (1984/2004) al referirse a las dificultades del adolescente en el proceso de remoción⁴ de las cargas libidinales puestas en los padres, indica que ellas pueden conducir a formas patológicas como son la renuncia a toda sexualidad y el mantenerse ligado de manera infantil a los deseos de los padres.

Plantea algunos dilemas que todo adolescente debe resolver. "¿Debo renunciar al deseo genital y mantenerme fiel al pasado o he de dirigir mis deseos amorosos afuera de mi familia y abandonar las lealtades e idealizaciones de mi infancia?" Ante la disyuntiva de mantenerse ligado a sus padres de un modo no genital e infantil, o afirmar su vitalidad genital y su compromiso con la vida del presente, la mayoría de los adolescentes optará por renunciar al pasado. Esta decisión, sin embargo, no es una cuestión del tipo "todo o nada" que pueda cumplirse inmediatamente. La lucha por separar a la libido, o apetito sexual, de los padres es larga y difícil. El deseo aprovechará toda oportunidad de volver a inscribirse en los guiones conocidos. El pasado no acepta de buen grado ni con facilidad que se lo abandone (Kaplan, 1984/2004, pp. 115-116).

Las mujeres para separarse de la madre y asumir su feminidad, deben luchar más que el varón. Esto genera mayores enfrentamientos y rivalidades en la adolescencia, pues está presente el deseo por volver bajo el cuidado y protección de la madre. De allí que busque separarse de manera brusca a través de la promiscuidad heterosexual o la delincuencia femenina; pues con estas acciones busca una figura que cumpla el cuidado y la protección que estaban depositados en la madre.

La lucha, resultante de conflictos internos personales y singulares, siempre se ve exacerbada por el sutil mensaje social de que es mejor que las chicas sean un poco añiadas. Debido a la persistente tentación de aferrarse a la madre y ser mimada y protegida -tentación que se considera "femenina" y es, por lo tanto, aceptada socialmente-, la chica de catorce años puede sentir el impulso repentino de escaparse de su madre. Una forma de escapar es entregarse a la promiscuidad heterosexual. La delincuencia juvenil femenina es en la mayoría de los casos una

⁴ La "remoción" es un término que utiliza para referirse al abandono de aspectos del amor familiar, para encontrar alternativas en otras figuras por fuera de esta. Louise Kaplan (1984)- Adolescencia adiós a la infancia- Diálogos de Amor II – Llorando el pasado perdido.

consecuencia de la promiscuidad. Lo que busca la chica en el hombre o el muchacho con quien se escapa es cariño y protección. En su fantasía, se siente como un bebé bien cuidado. Para ella el acto sexual tiene menos relación con el aspecto genital que con la restitución del cuidado que recibiera en su infancia. Las actividades delictivas típicas de las adolescentes son robar artículos en las tiendas, mentir, difundir rumores y otros delitos "secretos" similares, que simbolizan su compromiso entre la obtención del amor maternal que anhelan y su resentimiento por no obtenerlo (Kaplan, 1984/2004, pp. 146-147).

En otros casos las chicas no se entregan a la sexualidad precoz, sus acciones están relacionadas con la ley, pero pueden de forma sutil buscar convertirse en un símbolo sexual femenino, convertirse, a través de la vestimenta, el maquillaje y los comportamientos en una forma caricaturesca de una mujer adulta.

Sus delitos secretos se mantienen del lado de la ley y el orden. No se perjudican a sí mismas ni tampoco al mundo en general. Pero es muy posible, sin embargo, que en forma sutil estén tratando, con demasiada intensidad y prisa, de convertirse en un símbolo sexual femenino. El maquillaje exagerado, los peinados exóticos y las vestimentas llamativas que adoptan son versiones caricaturescas de la femineidad adulta. Estos artilugios femeninos les dan un aire un tanto grotesco, que termina por espantar a los muchachos, quienes no precisan mucho para espantarse (Kaplan, 1984/2004, pp.147-148).

Otra forma que adoptan las jóvenes consiste en acoplarse totalmente a los deseos de la madre sin tener acciones contrarias, en convertirse en una copia fiel de una versión idealizada de la madre, por lo que siguen siendo las mejores amigas hasta en la adultez. En contraste, en las sociedades en las que se presentan más alternativas para asumir la femineidad, son las que evidencian mayores conflictos exteriores e interiores entre las relaciones madre-hija.

Hay, por supuesto, niñas "buenas", que comparten todos sus secretos con la madre, que rara vez caen en la tentación de masturbarse, que jamás se meten en líos, ni roban, ni se visten con exageración. Ellas son, y suelen seguir siéndolo, copias fieles de una versión idealizada de la madre, de quien imitan la manera de peinarse, vestirse, comer, hablar y caminar. "Nunca fuimos tan compañeras como

ahora", se jacta la orgullosa mamá. Para este tipo de pareja madre-hija, los mares de la adolescencia son límpidos y calmos. No hay tormentas. No hay tensión. Todo vuelve, flotando suavemente, al comienzo, igual que antes de que la niña comenzara a convertirse en mujer. Aun después de casarse, la mamá es su mejor amiga. Es su confidente y su aliada contra el marido. Ningún hombre puede interponerse en esta intimidad de la madre y la hija (Kaplan, 1984/2004. p.148).

Mientras que, en el varón en aquellos momentos en los que evidencia características femeninas en su cuerpo se genera un malestar intenso, en algunas chicas, en cambio, puede darse la tendencia a masculinizarse, como si no buscaran alcanzar la femineidad adulta, como si pensarán que pueden escoger si desean ser hombres o mujeres. En estos casos exhiben comportamientos groseros y toscos, semejantes a los comportamientos característicos de un hombre.

Esta transitoria protesta masculina muy pronto se rinde ante la insistencia del erotismo femenino. Pero a pesar de su vuelco casi definitivo hacia el sexo opuesto, la chica continúa luchando, aun después de la pubertad, con su deseo de mantener el contacto emocional y físico con la madre. Cuando la niña no ha sido introducida en el molde de la femineidad adulta a través de un rito de transición o de claras convenciones sociales, las opciones de ser una mujer adulta o bien una niña-mujer genitalmente ambigua quedan abiertas hasta que se completa el pasaje adolescente (Kaplan, 1984/2004, p.149).

A veces se pueden dar enamoramientos adolescentes por otra mujer; es una típica resolución femenina ante el conflicto que plantea crecer. Al igual que en el varón se puede dar lo mismo, sin embargo, en este caso no son tan intensas como en el caso de la mujer.

Una de las desviaciones más significativas de la intrincada relación entre madre e hija es el apasionado "enamoramiento" que experimenta la chica adolescente por otra mujer, que puede ser una maestra, la consejera estudiantil de un campamento de verano o la vecina de al lado. Este tipo de enamoramiento constituye una típica resolución femenina ante el conflicto que plantea el hecho de crecer. Los varones tienen sus dilemas homosexuales y pueden llegar a idealizar profundamente a otros hombres o muchachos mayores. Pero por razones que veremos, estas soluciones masculinas no suelen tener la misma intensidad emocional que el enamoramiento femenino (Kaplan, 1984/2004, p. 151).

3.2 Consolidación de la identidad sexual

La nueva forma como hace presencia la genitalidad en la adolescencia incita a la definición de la identidad sexual, además de exigir la reestructuración de algunas instancias psíquicas.

3.2.1 *Reestructuración psíquica*

Esta reestructuración psíquica está mediada por movimientos regresivos y progresivos, que retoman aspectos del pasado para reelaborarlos, propiciando así el avance hacia una vida adulta.

el carácter particular de la reestructuración psíquica en la adolescencia, cuando los desplazamientos de la libido de objeto originan alteraciones yoicas que, a su vez, dan al proceso de pérdida y hallazgo de objeto (la alternancia de movimientos regresivos y progresivos) no solo mayor urgencia sino también más amplios alcances en materia de adaptación (Blos,1967-1981, p.122).

La significación retroactiva, o sea *a posteriori*, explica malestares que experimenta el adolescente, que no se dan directamente por percepciones o situaciones actuales, sino que están ligados a recuerdos que aparecen repentinamente. El *a posteriori* da la oportunidad de resignificar algunas vivencias pasadas, para que no quede sometido a su historia, sino que tenga acción sobre su vida y tenga la posibilidad de reescribirla.

En los procesos identificatorios que se dan en la infancia, el psiquismo queda congelado y ciertas vivencias se convierten en un “para siempre”, como ocurre en el inconsciente, que se caracteriza por su atemporalidad; en cambio el *a posteriori* permite la reelaboración de eventos, liberándolo de estas condiciones fijadas.

El Superyó pierde el dominio que tenía en la infancia, dando lugar a que se dé una gran influencia sobre la institución narcisista del yo ideal, produciéndose un desequilibrio narcisista.

La práctica psicoanalítica se funda en un trabajo constante de una fuerza de muerte, la que consiste en matar al niño maravilloso o terrorífico que de generación en generación atestigua los sueños y deseos de los padres. No hay vida sin pagar el precio del asesinato de la imagen primera, extraña, en la que se

inscribe el nacimiento de todos. Matar la representación del niño-rey es la condición en la cual, en ese mismo instante, el yo comienza a nacer (Kancyper, 1985, p.84).

Gracias a esto la autoestima del adolescente al final de todo este proceso puede alcanzar una mayor estabilidad e independencia de algunos factores exteriores de los que era dependiente, las figuras edípicas; sin embargo, durante el proceso puede ser característico la inseguridad e inestabilidad emocional.

En términos metapsicológicos, diríamos que hasta el fin de la adolescencia las representaciones del self y del objeto no adquieren estabilidad y límites firmes, o sea, no se toman resistentes a los desplazamientos de investiduras. El superyó edípico en contraste con el superyó arcaico pierde en este proceso parte de su rigidez y de su poder, en tanto que la institución narcisista del ideal del yo cobra mayor prominencia e influencia. Así, se interioriza más el mantenimiento del equilibrio narcisista. Estos cambios estructurales hacen que la constancia de la autoestima y del talante sea cada vez más independiente de las fuentes exteriores (Blos, 1967-1981, p.119).

Las identificaciones son de suma importancia en la adolescencia, ya que durante esta se debe volver hacia las raíces, a ciertos aspectos del pasado para dirigirse posteriormente al futuro. La tarea entonces del adolescente se centrará en la reelaboración de aspectos que están depositados en él y hacen parte de su historia, para alcanzar un lugar y una condición subjetiva, separados de los construidos hasta el momento.

3.2.2 Romper lazos infantiles

En la adolescencia se da un segundo proceso de individuación, caracterizado por el abandono y desvinculación de los objetos infantiles interiorizados, lo que genera una pérdida de seguridad en general. Los padres servían como Yo auxiliar, permitiendo que se soportara la ansiedad de las situaciones.

En los casos donde no se rompen estos lazos infantiles, surgen dificultades para encontrar objetos externos a la familia con los que se pueda vincular, por lo que termina dándose

sustituciones y réplicas de estas primeras relaciones de dependencia, sin que se dé una diferenciación de estos modelos.

La individuación adolescente es un reflejo de los cambios estructurales que acompañan la desvinculación emocional de los objetos infantiles interiorizados. Este complejo proceso ha ocupado durante un lapso el centro del interés analítico. Hoy ya resulta axiomático que si esa desvinculación no se logra con éxito, el hallazgo de nuevos objetos amorosos fuera de la familia queda impedido, obstaculizado o limitado a una simple réplica o sustitución o, en el mejor de los casos, más dependiente de fuentes exteriores que el propio sujeto escoge (Blos, 1967-1981,p.120).

En el adolescente generalmente se presenta una necesidad de liberarse de sus padres para alcanzar su individualidad, lo que requiere que cambie los modelos parentales y encuentre otros modelos identificatorios en otras figuras. No solo se da un cambio en las cargas libidinales a otros objetos, sino que se genere una distancia de las identificaciones parentales y del Yo ideal, en los que residía toda su seguridad.

El aumento en la fuerza pulsional genera la reanudación de las relaciones objetales primarias establecidas en la etapa pregenital, con las que se lograba la satisfacción de algunas pulsiones. La libido y agresión que estaban depositadas en estos objetos primarios, no se traspasan de manera simple a otros objetos externos; el Yo es el encargado de esta tarea.

Ciertos fenómenos característicos de la adolescencia, calificados como perturbaciones del Yo, se relacionan con la desvinculación a objetos infantiles y salidas alternas del proceso de individuación. Para que se dé efectivamente la desvinculación de los objetos infantiles, es importante que el Yo haya alcanzado antes, en la fase de latencia, fuerza y elementos significativos que le permitan soportar los cambios que genera la desvinculación emocional con estas primeras figuras.

"segunda individuación" es relativo; por un lado, depende de la maduración pulsional; por el otro, de la perdurabilidad que ha adquirido la estructura yoica. Con esa expresión se designan, pues, los cambios que acompañan la desvinculación

adolescente respecto de los objetos infantiles y son consecuencia de esta (Blos, 1967-1981,p.123).

Un ejemplo de las perturbaciones Yoicas, se puede evidenciar en los acting out, se asocia también a las dificultades para el aprendizaje, falta de objetivos, conductas en las que se aplaza todo, temperamentales y negativistas; son síntomas de un fracaso en la desvinculación respecto de los objetos infantiles, que afecta de manera directa el proceso de individuación del adolescente.

Por ejemplo, el rechazo total de la familia y de su pasado, es muestra de cómo elude el proceso de desvinculación que atraviesa, resultan ser evitaciones transitorias. También se encuentran acciones en las cuales se escapa, tiene comportamientos promiscuos, se presentan adicciones a las drogas; con estas se trata de lograr la individuación; aunque es un proceso aparente.

Nos es bien conocido el adolescente que se escapa de su casa en un coche robado, deja la escuela, vagabundea sin rumbo fijo, se vuelve promiscuo y adicto a las drogas. En todos estos casos el carácter concreto de la acción suple al logro de una tarea evolutiva -p. ej., el irse lejos de la casa suple al distanciamiento psicológico de los vínculos de dependencia infantiles (Blos,1967-1981. p.123).

Estas salidas que se dan hacia la individuación, son superficiales y antes interfieren con el proceso de individuación; aunque el adolescente experimenta que está triunfando sobre su pasado y se libera del mismo. La segunda individuación a la que hace referencia este autor, depende de la maduración pulsional y de la perdurabilidad de la estructura yoica, para que si se alcance este punto.

el grado de madurez que en definitiva se alcance dependerá de hasta dónde haya avanzado el proceso de individuación, o de que en algún punto haya llegado a un impase y permanezca incompleto. De lo anterior se desprende que el concepto de "segunda individuación" es relativo; por un lado, depende de la maduración pulsional; por el otro, de la perdurabilidad que ha adquirido la estructura yoica (Blos,1967-1981. p.123).

Al romper estos vínculos, también están presentes los duelos que el adolescente elabora, que dan facultades al Yo para estructurarse totalmente. Es fundamental para el logro de una

identidad adulta autónoma, que se dé una separación de la identidad construida en referencia a los padres. Algunos de los duelos que debe atravesar están relacionados con el rol, la identidad, bisexualidad infantil y los padres, clave para que el adolescente pueda seguir su curso evolutivo y llegar a la adultez.

La elaboración del duelo por la pérdida del cuerpo infantil y la integración de vivencias y experiencias pasadas, con las nuevas exigencias de las pulsiones, son primordiales para alcanzar un sentimiento de continuidad, lo cual es lo que puede favorecer para establecer algunas características definitivas de personalidad.

El psicoanálisis confirma estas ideas y también acepta que es necesario integrar todo lo pasado, lo experimentado, lo internalizado (y también lo desechado), con las nuevas exigencias del medio y con las urgencias instintivas o, si se prefiere, con las modalidades de relación objetal establecidas en el campo dinámico de las relaciones interpersonales. El adolescente necesita darle a todo esto una continuidad dentro de la personalidad, por lo que se establece una búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad (Knobel, 1970/1999, p.50).

El duelo que debe hacer el adolescente de su condición de niño es confuso y conflictivo, según afirma Kancyper; debe renunciar a lo infantil para comprender las realidades de convertirse en un adulto, e incorporar los cambios en el aspecto físico, para reconocerse a sí mismo.

Alcanzar la identidad sexual implica entonces, para este autor, un proceso de desprendimiento y de reestructuración de las identificaciones de la infancia, además del abandono de los modelos parentales para alcanzar autonomía frente a sí mismo y escribir su historia. Así mismo se debe hacer una renuncia a la bisexualidad para la elección de un sexo en la vida adulta.

El sentimiento de sí, se ve cuestionado por la sensación de incompletitud que experimenta, lo que lo empuja a la reestructuración ya mencionada.

Por esto se reinstala la asunción de la bisexualidad y la castración simbólica, porque debe llegarse a soportar la incompletud y la diferencia en el

sistema intrasubjetivo narcisista y el intersubjetivo. La adolescencia tiene el momento privilegiado de la significación retroactiva del *a posteriori* (Kancyper, 1997, 87).

3.3 Síntesis y discusión

De manera temprana en la historia del psicoanálisis, Anna Freud (1935/1965) identificó que el aumento de las pulsiones sexuales generaba una reestructuración psíquica, asociada a la aparición de mecanismos de defensa inéditos para el control las pulsiones como son, principalmente, el ascetismo, la intelectualización y las formas primitivas de establecer relaciones.

Otra conducta frecuente y característica de la adolescencia es la masturbación, que en opinión de varios autores favorece la integración de la sexualidad a las nuevas condiciones de la emergencia de la sexualidad genital en la adolescencia. Kaplan, por ejemplo, afirma que es una forma de integrar la sexualidad infantil con las nuevas condiciones existentes en el adolescente, y opina que es una práctica más frecuente en el varón que en la mujer, por cuanto en esta última se asocia a su dificultad para renunciar a la bisexualidad y a la sexualidad activo-masculina. También Knobel considera que la masturbación es un medio para acercarse a la sexualidad, pues ayuda a elaborar los vínculos edípicos y los duelos que el adolescente debe realizar.

Los Laufer, por su parte, encuentran que la masturbación es un medio que ayuda al Yo en su labor de reorganización frente a la genitalidad, ya que las fantasías de masturbación se convierten en acciones de prueba, que integran lo regresivo con lo actual, para alcanzar el dominio sexual. Estos autores proponen el término de “fantasía de masturbación central”, que asocian a la actividad autoerótica, y que estaría compuesta por satisfacciones regresivas y las identificaciones sexuales principales. El destino del contenido de esta fantasía es de especial significado en la comprensión del desarrollo normal y patológico en la adolescencia.

También, para definir algunos fenómenos asociados a la actividad sexual durante la adolescencia, proponen el concepto de “breakdown” o colapso, referido particularmente a las dificultades en la integración de la imagen del nuevo cuerpo maduro como parte de la representación de uno mismo.

Respecto al desprendimiento total de las figuras edípicas, Kaplan considera que debe realizarse un proceso con cualidades singulares que denomina "remoción". Algunas formas y salidas que el adolescente encuentra a sus dificultades con la remoción son la homosexualidad, el travestismo o el fetichismo, que responden a las dificultades para desprenderse de las figuras edípicas. Otras salidas patológicas a la remoción consisten en la renuncia total a la sexualidad o en mantenerse ligado de manera infantil a los deseos de los padres. A veces el comportamiento promiscuo o delictivo en las mujeres puede ser también una respuesta a la dificultad que presentan para separarse totalmente de la seguridad y protección que brindaba la figura materna. En este punto Kaplan coincide con Blos, quien también anota que en ocasiones durante el proceso de individuación del adolescente se presenta fugas y separaciones abruptas del hogar, como reacción a los escollos en la separación afectiva y en el abandono de la dependencia de sus familiares. Según Blos, para conseguir esa independencia psíquica y la individuación es necesario que el adolescente reestructure su Yo.

Por su parte Kancyper afirma que el duelo que debe elaborar el adolescente sobre su condición infantil, si bien es confuso, debe llevar a comprender lo que implica ser un adulto e incorporar los cambios físicos para lograr el reconocimiento de sí mismo. Esto puede generar procesos de despersonalización y enajenación del cuerpo, característicos de la adolescencia.

La construcción de la propia identidad sexual implica un desprendimiento y reestructuración de las relaciones e identificaciones establecidas en la infancia con los padres, así como el abandono y desidealización de los modelos parentales.

Conclusiones

Gracias a las indagaciones de Freud se determinó que la sexualidad está presente desde la infancia y que ella repercute en las reorganizaciones sexuales que se produce en la adolescencia. Sin embargo, Freud sostiene que las condiciones de lo masculino y lo femenino, son todavía indiferenciadas, hasta la adolescencia cuando su definición se hace más clara.

De manera similar sostiene Freud que la elección de objeto se inicia en la infancia, pero que es en la adolescencia cuando el individuo define si se orienta a la homosexualidad, la heterosexualidad o la bisexualidad. En este proceso de elección de objeto, Freud también tiene en cuenta que la bisexualidad es una condición universal y primera del individuo.

No obstante, Freud afirmaba también que la masculinidad era una condición básica del ser humano y que la feminidad se constituía por una renuncia a ella. Por eso concebía que la diferenciación de la sexualidad del hombre y la mujer, es determinada por procesos diferenciados en el contexto del complejo de Edipo, pero igualmente consideraba que ella no se alcanza de manera clara sino hasta la adolescencia.

Para el establecimiento de la identidad, en especial la sexual, tienen una gran influencia las identificaciones infantiles con los progenitores. La identificación, en un principio de la vida, favorece la ligazón afectiva con otro y la interiorización de aspectos tanto positivos como negativos de los demás. Las identificaciones siguen el modelo de las identificaciones melancólicas, sedimentadas por interiorización en el Yo del objeto perdido. Ellas llevan a la estructuración psíquica del sujeto, no solamente en la infancia sino también muy significativamente en la adolescencia, gracias a los procesos retroactivos en los que, según Peter Blos, los elementos de las identificaciones previas se modifican. La identificación primaria se relaciona con el establecimiento del ideal del Yo, mientras que las secundarias son cruciales en el curso de la crisis edípica, durante la que se interiorizan algunas características de los objetos parentales, entre ellas las posiciones sexuales.

Gracias a las identificaciones secundarias, en la adolescencia, las investiduras puestas en los padres se depositan en figuras externas; un proceso de vital importancia, como afirma Knobel, para mantener la seguridad que anteriormente proporcionaban los progenitores.

En cuanto a la bisexualidad se constata que Joyce McDougall, Otto Kernberg y Peter Blos, al igual que Freud, plantean que es una condición universal que tiene una influencia importante en los procesos identificatorios y en la definición de la identidad sexual más definitiva que ocurre en la adolescencia.

Para renunciar a esta bisexualidad, la resolución del complejo de Edipo es fundamental, según Freud. Pero en esta dirección y yendo más allá, Peter Blos muestra que en la adolescencia todavía es necesario elaborar el Edipo negativo, o sea, el amor hacia el padre del mismo sexo. En cambio, de acuerdo con Knobel, para lograr dicha identidad es necesario elaborar los duelos relacionados con el cuerpo y la posición infantil, además de la dependencia con los padres.

En la actualidad se ha hecho más corriente el término “identidad de género” para hacer referencia a la masculinidad o feminidad. Dicho término fue propuesto inicialmente por Money para referirse a lo que cada individuo construye psíquicamente y se apropia según la categoría social, masculino o femenino, a la que se “siente” pertenecer. En cambio, el rol de género se entiende como el conjunto de las actitudes y comportamientos que se ajustan a la respectiva categoría.

Ernest Jones y Karen Horney, que, aunque fueron más cercanos a Freud lo controvirtieron, afirmaron que la masculinidad y feminidad eran condiciones innatas en el ser humano. Más tarde Robert Stoller se apartará de estas concepciones al plantear que la condición básica es la feminidad y que por tanto el hombre debe desidentificarse de esta condición para alcanzar la masculinidad. Desde otra perspectiva, Laplanche y Kernberg estiman que el género, que es ante todo una categoría social, es apropiado por el sujeto no solamente por las influencias de la cultura, sino por procesos particulares de asimilación psíquica.

En la adolescencia se dan las condiciones necesarias para alcanzar la identidad sexual, sin embargo, la asunción de la genitalidad genera cambios comportamentales y reorganizaciones psíquicas. Anna Freud fue una de las primeras autoras en señalar los cambios en los mecanismos de defensa y en el equilibrio Yo-Ello, en razón de la incapacidad que tiene el Yo para manejar las nuevas y mayores demandas pulsionales.

En esta coyuntura la masturbación se constituye en una actividad esencial, pues ella contribuye a la integración de la sexualidad infantil con la genitalidad y con las nuevas funciones y posibilidades que esta representa. Este comportamiento autoerótico también ayuda a elaborar los duelos por los vínculos edípicos.

También los Laufer encuentran que la masturbación es un medio que facilita al Yo la reorganización genital. Ellos acuñaron el término “fantasía central de masturbación”, para dar cuenta de esas acciones de prueba que contribuyen a lograr un dominio sexual. Así mismo indicaron las dificultades que se le presentan al adolescente para integrar la sexualidad y la imagen de un cuerpo nuevo y maduro, refiriéndose a la más seria de ellas como “colapso” o “breakdown”.

Por su parte, Louise Kaplan busca determinar la especificidad de los procesos que tienen lugar en la adolescencia con la aparición de la sexualidad genital, denominándolos como “remoción”, y refiriéndolos al desprendimiento de las figuras edípicas. De manera semejante a otros investigadores, ella también identifica las diferentes salidas o dificultades en este proceso de remoción. Entre estas salidas fallidas de la remoción cita la homosexualidad, el travestismo o el fetichismo, las fugas y separaciones abruptas del hogar, así como una renuncia total a la sexualidad y un mantenimiento de la ligazón infantil a los deseos de los padres. Del mismo modo, algunos comportamientos promiscuos o delictivos en mujeres pueden asociarse a la dificultad para separarse de la dependencia de la figura materna.

Coincidentalmente, esta misma clase de dificultades para separarse afectivamente de las figuras parentales es señalada también por Peter Blos, aunque él prefiere englobarlas dentro de lo que define como segundo proceso de individuación. El hecho es que, como lo subraya Kancyper, el desprendimiento de la condición infantil requerido para incorporar las nuevas condiciones de adulto conduce también, en ocasiones, a la despersonalización y enajenación del cuerpo.

En resumen, la construcción de la propia identidad y orientación sexuales, no es ajena a los procesos psíquicos que se emprenden en la adolescencia, concernientes al desprendimiento y reestructuración de las relaciones objetales y de las identificaciones establecidas en la infancia, así como al abandono y a la desidealización de las figuras parentales.

Referencias

- Aberastury, A & Knobel, M. (1999). En *La adolescencia normal* (pp.45-87). Paidós {publicado originalmente en 1970}.
- André, J. (2000) *La sexualidad femenina* (traducción por Cruz Oliva y Susana Esqueda) México: Cruz O SA {Versión original: *La sexualité féminine*. Paris: Puf, 1994}.
- Assoun,P (2005/2006) Masculino y Femenino: Las funciones inconscientes. Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino (pp.39-50). Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1995) El discurso totalizante - el yo ideal y el ideal del yo: efecto de dos tipos de discurso. En *El narcisismo -Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente* (cap 2, pp. 75-118). Buenos Aires, Nueva visión.
- Blos,P. (1981) El segundo proceso de la individuación de la adolescencia. En *La transición adolescente* (Traducción: Leandro Wolfson; pp.118-140), Amorrortu {publicado originalmente en 1967}.
- Blos,P.(1981) Modificaciones en el modelo psicoanalítico clásico de la adolescencia. En *La transición adolescente*. (Traducción: Leandro Wolfson). (pp.383-401) Amorrortu {publicado originalmente en 1978}
- Dejours, C. (2006) Por una teoría psicoanalítica de la diferencia de sexos. Introducción al artículo de Jean Laplanche (Traducción: Lorenza Escardó) *Alter Revista de Psicoanálisis*, Nº2, www.revistaalter.com {publicado originalmente en 2003}.
- Freud, A. (1965) La angustia instintiva durante la pubertad. En *El Yo y los mecanismos de defensa* (4ta edición, cap.12, pp.167-189).Paidós.{publicado originalmente en 1936}.
- Freud, S. (1901b) Psicopatología de la vida cotidiana, En *Obras completas* (Vol 6, pp.9-270). Amorrortu, 1976-1980.
- Freud, S. (1905d) Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas* (Vol. 7, pp.123-222). Amorrortu,1976-80.
- Freud, S. (1913i) La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis. En *Obras Completas* (Vol 12, pp.337-345) 1976-1980.

Freud, S, (1915c) Las pulsiones y sus destinos, En *Obras Completas* (Vol 14, pp.113-134).

Freud, S. (1921c (1920) Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (Vol 18, pp.67-136).

Freud,S (1926d), Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas* (Vol 20,p. 275).

Freud,S (1924d), El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras completas* (Vol 19, p. 186).

Freud, S. (1931b) Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas* (Vol 21, pp.227-244).

Freud, S (1933a [1932]) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis – 33a conferencia: La feminidad. En *Obras completas* (Vol, 22, pp.104-125).

Kaplan, L. (2004) La hija indeseada del psicoanálisis. En *Adolescencia el adiós a la infancia* (cap 3, pp.70-86) Paidós {publicado originalmente en 1984}.

Kancyper,L.(1997)La confrontación generacional. *El reordenamiento identificador*. (pp.97-110) Paidós {publicado originalmente en 1987}.

Kernberg,O. (2007) Temas no resueltos en la teoría psicoanalítica de la homosexualidad y bisexualidad. En *Controversias contemporáneas de las teorías psicoanalíticas sus técnicas y aplicaciones* (pp.49-60). Manual moderno. {publicado originalmente en 2004}

Korman, V. (1977) *Teoría de la identificación y la psicosis*. Buenos Aires: Nueva visión.

Ladame. F. (2001) Adolescencia e identidad (pp.405-415) *Revue Française de Psychanalyse*, {publicado originalmente en 1999}

Laplanche, J. (1992) “El yo o el self” (traducción: Mauricio Fernández) { en: *La revolution copernicienne inachevée -travaux 1967/1992* (pp. 131-133), Paris: Aubier} {publicado originalmente en 1972}

Laplanche, J (1988) “Curso: La angustia moral” en: *Problemáticas I - La angustia*, Buenos Aires: Amorrortu, {curso dictado originalmente en 1972-73}.

Laplanche & Pontalis (2004) *Diccionario de psicoanálisis* (6ta reimp.). Buenos Aires: Paidós {publicado originalmente en 1967}.

Laufer, M & Laufer, E. (1988) Adolescencia y organización sexual definitiva. En *Adolescencia y crisis del desarrollo - un enfoque psicoanalítico* (pp.19-37). Espax {publicado originalmente en 1984}.

Laufer, M & Laufer, E (2008) La fantasía de masturbación central, la organización sexual definitiva, y la adolescencia (pp.297-315). {publicado originalmente en 1976}

Lepp, I. (1976) Las amistades 'particulares'. En *Psicoanálisis de la amistad* (pp. 61-67) Buenos Aires: Carlos Lohlé. {publicado originalmente en 1965}.

McDougall, J. (1996) La masturbación y el ideal hermafrodita. En *Alegato por una cierta normalidad* (pp. 263-275). Paidós. {publicado originalmente en 1973}

Money, Hampson & Hampson (1955a), An examination of some basic sexual concepts: The evidence of human hermaphroditism, *Bull. Johns Hopkins Hospital*, 97, 301-319.

Money, J. (1973) Rol de género, identidad de género, identidad nuclear de género: uso y definición de términos (traducción Mauricio Fernández). {Versión original: Gender Role, Gender Identity, Core Gender Identity: Usage And Definition Of Terms. *The Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 1(4),397-403 }.

Person, E.S. & Ovesey, L. (1983) Teorías psicoanalíticas de la identidad de género (traducción Mauricio Fernández). Versión original: Psychoanalytic theories of gender identity. *The Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 11 (2), 203-226.